

Al filo del remolino

Antología de cuentos

Desde adentro del remolino

Antología de cuentos

Ediciones Frenéticos Danzantes

Facebook: Ediciones Frenéticos Danzantes

www.edicionesfrenetico4.wixsite.com/freneticosdanzantes

edicionesfreneticosdanzantes@gmail.com

Imagen de tapa: Pablo Castriotti (coloreada digitalmente)

castriottip@gmail.com

ISBN: 978-987-45850-5-9

Primera edición mayo de 2018

Publicada por Ediciones Frenéticos Danzantes

Av. Scalabrini Ortiz 41 3° C (1414) CABA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

Impreso en Ediciones Frenéticos Danzantes –Talleres propios –

Impreso en Argentina.

Índice

Leo Pedra El triciclo / 7

Diego De Lucía Llamando a la fortuna / 15

Mauricio Collares ¿Dónde estará Dulce? / 23

Antonio Carlin Lynch Melodía en Chelsea / 43

Fernando Bocadillos El último baile de Danzo / 57

Gonzalo Del Rosario Buitre zombi / 73

Marina Klein Donde los muros eran de niebla / 87

Jimena Cano La atracción de la náusea / 103

Jorge Augusto Tuzi El hijo / 111

Jorge Sebastián Comadina Un jugador descalzo / 117

Gonzalo Zuloaga Saltar el puente / 125

Cristian Juliá Encuentros furtivos / 131

Néstor Grossi Centenario Blues: El llanto de la luna y el aullido
del perro / 139

Índice de autorxs y un poco de la vida de cada unx

(por orden alfabético) / 161

El triciclo

Con mi hermano subimos al techo para matar al triciclo de plástico, mi mejor juguete. Tenía onda porque era como una moto chopera, amarilla con el manubrio y las ruedas negras. Todavía guardo una foto, con el pelo largo y lacio a lo Carlito Bala, montado a la nave, en la casa del barrio Municipal. Sé que la foto la sacó mi vieja porque atrás se ven sus malvones y se adivina su silueta proyectada en la carpeta de asfalto rojizo.

El triciclo fue un regalo de reyes cuando tenía cinco años.

Con él navegué como un campeón todas las veredas de la manzana, y también; acompañado de mi hermano, recorrí la extensas sendas de tierra del campito que empezaba donde terminaba el barrio. Éste no era otra cosa que el pedemonte agreste que se extendía elevándose hacia los primeros cerros. Mucho más allá estaba el alambrado y Las Lajas, donde los aviones del ejército tiraban las bombas para practicar. Fuera de las sendas no daba para meterse porque para mi altura era como un bosque de cardos impenetrable, lleno de culebritas y arañas pollito. Además, en el campito, vivía La Catrera. Una pobre vieja con cara de calavera que cada tanto bajaba rodeada de cimarrones y todos salíamos corriendo, gritando: ¡ahí viene La Catrera, ahí viene La Catrera! Pero subido a mi nave no le tenía miedo a nada, porque andaba rapidísimo, las ruedas de plástico me parecían grandes y poderosas, me gustaba perseguir a las lagartijas que andaban como hormigas por

todos lados, sobre todo en el verano, eran veloces, pero yo pedaleaba fuerte, las alcanzaba y frenaba justo antes de pisarlas, quedaban paralizadas, expectantes a mi próximo movimiento y yo magnánimo las perdonaba y las dejaba ir. A las arañas también las chuzaba, incluso a las pollitos que saltaban como dos metros, pero me les plantaba decidido y sabía como darle al pedal, un toque para atrás y fuerte hacia delante, para levantar tierra haciendo que las pollitos se achicaran y saltaran huyendo a esconderse en algún pozo. A nada le tenía miedo, sólo con La Catrera no jodía, con su cara huesuda y los cimarrones que venían metiendo bulla de lejos. Avisando que fueran despejando el camino. A mí me daban ganas de chuzarla también, mi triciclo era mi arma y mi escudo pero sabía que no podía con eso y huía como las pollitos.

Al tiempo nos cambiamos de casa a una zona del centro.

Me hice amigo de unos cuantos pibes que en vez del campito tenían la cancha de la palmera, un baldío enorme con el árbol que le daba el nombre plantado en el centro. Muchas vueltas dio su sombra sobre el terreno pedregoso. Ahí aprendí a andar en bicicleta y a jugar a la pelota. El triciclo quedó abandonado en un rincón del patio de la nueva casa, junto a un tanque viejo de 500 litros que teníamos lleno de mojarritas. El sol lo reseco tras un par de veranos, crecieron yuyos a su alrededor, algunos se enredaron en los pedales y prolongaron su abrazo hasta el manubrio.

Fue idea de mi hermano, la de ganarle al tiempo, que es como una gotera que todo lo quebranta, se filtra de a poco y las grietas se ven de adentro.

Con un cuchillo lo desaté de la tierra. Un remolino de bichos se armó en el hueco donde estaban hundidas las rue-

das, bichos que viven en la humedad y en las sombras. Trajimos un fuentón con agua caliente, jabón en polvo y unos pedazos de tela. Entre los dos lo fuimos desembarcando, estrujando los trapos a cada rato, tuve que cambiar el agua y se la eché a los bichos para que traguen su propia mugre. Por último lo secamos con un toallón, con el cariño con el que se seca a un niño chiquito.

El plástico no recuperó su antiguo brillo, un entrelazado de líneas se dibujaba en todo el cuerpo, aunque su forma estaba intacta, sólo era cáscara seca que parecía viva pero estaba muerta. Entonces: matala matala, matalo al muerto para que no siga vivo.

Invitamos a la familia a ver el último acto. Mamá, papá, mis dos hermanas y mi otro hermano, todos mayores, ya que yo era el “Benjamín”. Trajeron las sillas, el mate y la pava caliente, se acomodaron a un costado, sobre la franja

de césped, casi apoyados a la medianera, dejando libre todo el piso de baldosas. Pocas veces pasaba algo así y aunque no dijeron nada, no hacía falta decirlo, de alguna forma entendían.

Subí las escaleras usando el brazo izquierdo, con el otro cargaba al pequeño cuidadosamente, crujía un poco con cada movimiento, sentí temor de que se desarmara ahí mismo, y los pedazos se escurrieran por entre los escalones. Terminar así, en la antesala del final, no hubiese albergado ningún sentido. Mi hermano me ayudo en el último tramo. Juntos nos asomamos al borde, abajo hasta el perro alzaba las orejas esperando, el silencio a todos los tenía atados.

Cuando levanté el triciclo por encima de mi cabeza, el sol de la tarde me daba en la espalda, vi la proyección de mi silueta sobre las baldosas del patio, como la de un gigante

poderoso, un guerrero en el momento del grito al comienzo de la batalla. Un toque hacia atrás y fuerte hacia delante. Apenas se movían las ramas del membrillo y las nubes también, apenas se movían, desde la montaña hasta el techo de mi casa.

Llamando a la fortuna

La fortuna fluye en napas poco profundas. Tiene pulso.

Algunos lo notan, yo intento. Soy apenas un aficionado y sin embargo, de tanto en tanto recibo un premio, en este caso el tuyo.

Iba por Corrientes para el lado de Callao con el Obelisco de frente. Ya no camino apurado, no ando con el celular en la mano. Llevo el paso a la usanza, atento a la trama sutil de las cosas.

Eras la primera que asomaba en la escalera mecánica. Los

pies juntos en un mismo escalón, la fortuna te traía hacia mí. Venías buscando, tratando que la tibieza del sol se adhiriera a tu rostro. Te vi primero y dejé que tus ojos me encuentren radiante. Me paré ahí, a la vista de todo. Crucé los brazos, y como si pisara un pedal impaciente, movía el pie. Con un dedo golpeaba en mi muñeca un reloj inexistente. Se te iluminó la cara.

-¡Qué casualidad!- Te oí decir mientras te hundías en el abrazo que te ofrecía. Debo confesar que deliberadamente puse más peso que de costumbre. Durante unos instantes me abandoné a tu cuerpo, para que puedas sentir, como yo, la fortuna. La paciencia que hemos tenido, por fin dio sus frutos, nos puso solos a la vista de todos. Se leía todo en las pupilas, mis deseos proyectados en las tuyas, los tuyos en las mías.

Volvimos los dos, por un instante, a todos los cumpleaños

de nuestros hijos. Los roces otra vez palpables. Otra vez las miradas a encontrarse en el reflejo de los espejos. Me encantaba buscarte en el remolino de las fotos. En el desorden de los percheros, siempre estabas vos. Siempre supiste encontrar rincones dónde mostrar la potencia de tu cuerpo, lo que cultiva, lo que tiene para dar. Rondabas lugares comunes, anónimos, de donde era posible robarte. Siempre supiste donde arrinconarte para desenvolver el deseo. ¡Qué arte! Me dejabas mirarte hasta la obscenidad. En el último cumple bailabas suelta entre todos sin perdernos de vista. De tanto en tanto me tocabas apenas con las uñas en los antebrazos, en la espalda. Supiste en la desincronización del todo golpearme con la cadera. Fuiste con cuidado, de alguna manera intuís que tengo algo de brujo. Tengo que confesarte que mientras bailábamos en grupo yo no cantaba la canción que sabíamos todos. Nadie lo notaba, pero yo nombraba en vos baja los rincones

de tu cuerpo donde quería posar los labios. Sabés, aunque te parezca mentira los siento desperezarse ahora, debajo del trajecito sastre, debajo de la camisa institucional. En estos escasos segundos en los que ninguno puede articular palabras y sopesamos el riesgo de estar así, tan anónimos, tan próximos, tan sin redes, los siento latir. Abrís grandes los ojos, sin dejar de sonreír. No lo podés creer, que no te asistan las palabras, que siempre fueron tu fuerte. El juego de los silencios es el arte de los brujos deberías saberlo.

Al fin el aire te llena, alzás los hombros, los pechos, el cuello. Pasa la saliva por ese huequito que tenés sobre la cadenita de oro con la nena y el nene. Justo cuando por fin van a salir las palabras te tomo de las manos. Estaban distraídas a los costados de tu cuerpo. Ni bien las toco, el aire se queda en vos, las palabras se suspenden. Apenas las agarro, pongo las yemas de mis dedos índices en el centro de tus palmas que miran al piso. Apoyo los pulgares al

otro lado de tus manos. Te tengo. Lo sabés. Es un candado. Además de hablarte a vos le estoy hablando a tu cuerpo, sin traducciones, sin intermediarios. Me aproximo sin sacar mis ojos de los tuyos, pero no busco tu boca, invado el rincón junto a tu pelo y susurro, como en el baile entre todos.

-¿Qué vamos hacer con tanta piel? -Despacio para que lo sepas. Tan blanca que es tu piel, la veo arder en plena calle Corrientes. Rompo el candado. Llevo las manos a tu espalda. Te apoyo contra mi pecho para evitar que lo digas con los ojos. Te quiero escuchar. El aire se escapa de vos. Es casi en un suspiro. ¡Qué suerte! Y ahora es tu cuerpo que se apoya con todo en mis huesos. ¡Qué Suerte! Me olés el cuello, te llenás de mí.

-¡¿Qué voy hacer con vos?!- decís. Me quedo en silencio porque estoy a merced de lo que quieras, te puse al alcan-

ce de lo que buscabas todo este tiempo. Te dejás un instante ahí, en mí. Mi pulso se ralentiza tratando de estirar el instante, de saborearlo. En una bocanada profunda tus pechos empujan el mío. Asimilo ese pequeño envión, los cuerpos se desenganchan del abrazo, las miradas buscan enfocarse en esa nueva pequeña distancia.

Salís mundana del abrazo, segura de vos, con los ojos en llamas. Más hembra, más compleja. Te complace este nuevo nivel de verdad. Pero te olvidás que soy Brujo, lo que digo y lo que callo están de nuestro lado. Se acortan los tiempos, las distancias. Nuestros cuerpos se nombraron en ese su idioma propio. Vas a tener que dar el paso.

-Me voy- decís. Cerrás los ojos, sonreís, estás hecha una pendeja ingrata. Me mata. Para que me sepas cómplice te miro sereno, de pies a cabeza, después asomo todo mi deseo por el balcón de los ojos.

-¡Entonces quiero verte ir! -digo- ¡no me voy a mover de acá!. - Bajás los párpados despacio, ni bien se tocan los abris enérgicos, las pestañas pegan el latigazo y la distancia entre nosotros se puebla de deseos. No me explico cómo podés caminar así, como si bailaras levemente embriagada entre un grupo de chicos, siendo la única que sabe lo que quieren decir tus caderas. Algunas gentes se cruzan entre tu ir y mi estar. Pero siento latir tus pasos en la acera al ritmo de la fortuna. Quince pasos nos separan, disfruto el esfuerzo que tuviste que hacer para alejarte de mí. La ciudad te traga, te vas poniendo anónima, quizás para los demás. Pero una hebra sutil une tu cuerpo al mío entre el ir y venir de los ajenos. Mientras permanezco de pie la gente me esquivo. Tu pelo, tus hombros de tanto en tanto se destacan en el pulso de marcha urbana. Vibra el teléfono, te tengo agendada como mamá de...

-¡Quiero verte! ¡Voy a buscar el momento!- y a continua-

-Diego De Lucía-

ción una diablita, una llama y la huella de unos labios ro-
jos con rouge.

¿Dónde andará Dulce?

Cuesta este mundo, ya lo sé.

Susy Shock

Aunque en la guerra usara varios alias, el nombre de pila de Jandaíra era Dulce. Supe eso a dos años de habernos conocido. Yo había ido una noche en compañía de un amigo a bailar en la Toca del Zico. Era temprano (en el interior de Amazonas el horario de la joda no es como en Buenos Aires). Estábamos por ahí moviéndonos, tomando Malt 90, de repente alguien llegó abrazándome por detrás

y me tapó los ojos. Le toqueteé las manos, la cabellera ondulante, la cara... No adiviné. Al destaparse mis ojos, no me lo podía creer. Lucía mucho más femenina que en el tiempo en que éramos salvajes de la noche, cuando ella no pasaba de un chico que se vestía de chica. Ahora estaba más guapa que Roberta Close. Yo no paraba de chamuvarla mientras girábamos y girábamos remecidos por el baile...

Exta sí, exta no, exta sí, exta no...

No no no no-no no-no no si-si-si no no no-no no-no hoo ha!...

Lamentablemente, no demoró en decirme que tenía que irse a laburar. Insistí en acompañarla. Fuimos caminando hacia la calle Almirante Tamandaré, hacia un antro donde ella encontraba algunos clientes. En el trayecto, en un materral por detrás de la escuela Virgilia Maddy, matamos la

nostalgia. Supongo que era un sábado o feriado, yo no había podido llevarla otro día pues estudiaba por la noche y era un alumno ejemplar. Si no podía llevarla, en adelante fui a buscarla todas las noches durante los cuatro meses que estuvimos juntos. Antes de ir a la escuela José Mota, pasaba por su casa para preguntarle dónde estaría esa noche. Terminadas mis clases, me iba con la bici a donde ella estuviera. En general estaba en esa boîte a la que me referí o en la Plaza 16 de Julio, esa que queda cerca del muelle. Me sentaba en los bancos de cemento o en algún otro lugar a esperarla terminar con algún cliente. Con excepción de algunas noches de innombrable lascivia, pasada un poco la medianoche acababa su jornada. No teníamos mucho tiempo para compartir porque estábamos cansados y tendría que levantarme temprano al otro día. Pero era divertido. Ella compraba una cerveza e íbamos tomándola de regreso a casa. Pasa que una noche en que

se pinchó el neumático de la bici, volvíamos los dos caminando alrededor de la una. En una ciudad chiquita, a estas horas no hay nadie en la calle. No había peligro. Las pandillas habían sido diezmadas por la mano del capitán Afranio, quien había aprovechado la notoriedad para elegirse concejal de Manacapurú. Por consiguiente habíamos agarrado el trayecto más corto que pasaba por el barrio San Francisco. Un tanto recelosos de transitar como si nada por el no tan antiguo territorio de los Ángeles de la muerte, caminábamos callados, mirando hacia el frente y hacia atrás. Dulce se descalzó los tacones que tanto la favorecían pero que eran demasiado ruidosos para la silenciosa noche tropical. Hasta la birra tragábamos en muy pequeños sorbos, el miedo nos hacía sudar frío... No pasó nada ahí. Y no imagino que lo que pasó pocos minutos después haya sido la arremetida de alguno de los antiguos ángeles poniendo en práctica una acción extemporánea

contra dos salvajes. Habiendo pasado el puente del Cai n'água, Dulce se puso otra vez los tacones. Pudimos restablecer el ritmo de nuestra respiración, beber la birra en grandes tragos, reír en medio de la calle, frotarnos en los muros, lo que nos diera la gana, como si sintiéramos que nada era imposible bajo el señorío solitario de la Luna.

— ¿Cuál es la diferencia entre Chaparral y los otros barrios de Manacapurú?

— Es una ciudad completamente diferente.

Nada podría interponerse a nuestra disposición de amar, esa noche, no fuera por el inesperado encuentro con cinco tipos salidos desde la nada. Íbamos subiendo la inclinación de la calle C antes de llegar a la Av. Gilberto Mestrinho y de golpe los vimos viniendo en nuestra dirección. Como veníamos tan entretenidos en nuestros juegos, nos habían visto mucho antes de que nos percatáramos de ellos. No

había posibilidad de esconderse, de volver y doblar en la calle D o de correr. Instintivamente, Dulce volvió a descalzar los tacones y puso el brazo izquierdo sobre mi hombro, como una novia que confía en su muchacho. Yo seguí caminando en el centro de la calle como si no les tuviera miedo. Y no lo tenía. En esa época no me temblaban las rodillas en situaciones reales como esas. Cerca de nosotros se dividieron para los costados, tres para un lado, dos para el otro. Parecía que nos iban a tener respeto, ya que no eran de nuestro barrio. Con todo, en el último segundo uno de los que pasaba al lado de Dulce le golpeó la mano derecha en que colgaban los tacos. Salieron pateándolos de uno a otro como si fueran pelotas. No soporté ver la mirada impotente que ella lanzó a sus calzados rojos. Como no pensaron que íbamos a tener coraje de reclamarlos ni se daban el trabajo de mirar atrás, de modo que tomaron con sorpresa la potente patada voladora que le di

al que iba de último y que derrumbó dos que iban frente a él. Vinieron los otros dos y yo intenté el increíble golpe de una pulgada en uno de ellos. No me salió. Resumiendo la contienda: me sujetaron y uno de los que se levantaban vino y me reventó con un puño americano. Dos dientes se cayeron (esos en los que se ve el armazón de metal). La sangre rodaba de mi boca. En eso llegaba Dulce para salvarme de la saña de los malos. No fue posible. Aunque les pegara certeros golpes con uno de los tacos que había recogido, no tuvieron dificultades en tirarla al suelo y empezaron a patearla por todo el cuerpo. Yo intentaba levantarme, pero en ese momento el mundo giraba demasiado veloz para mí. Después de que la patearan repetidas veces, uno le pegó un puntapié mortal en los testículos. Sin lograr ponerme de pie, los vi arrancando palos de un cercado. Nos iban a empalar vivos, si no fuera por el estampido que se oyó y que les hizo salir caminando hacia atrás, te-

merosos, y arremeter en desenfrenada carrera. Nuestro salvador era el sereno de la escuela Regina Fernandes. Guardando el revólver con el que había tirado rumbo al cielo, me ayudó a levantarme. En medio del dolor en mi boca, le oía como si un ovni de lejos me estuviera hablando de costumbres que yo no conocía. Creo que me preguntaba qué hacíamos a tan altas horas en la calle o cosas así. De pie, mareado, logré llegar a donde estaba Dulce, en ovillo, gimiendo en el suelo. Con el sereno, intentamos erguirla. Le costaba, le dolía demasiado en la entrepierna. Yo le explicaba que tenía que levantarse y erguir los brazos.

— Como no fútbol —me acuerdo que le dije.

No sé si ella me entendió. Las palabras no salían claras de mi boca llena—llenándose de sangre debido a la hemorragia. Igual no le era posible realizar la acción que yo le or-

denaba. El sereno sí me entendió, porque agarró el brazo de ella y empezó a tirarlo para arriba, entre tanto yo la sostenía para que no se cayera. Después de levantarle los brazos una y otra vez, el sereno dijo que lo mejor sería que fuéramos hasta la escuela. Entre los dos medio que arrastramos a Dulce hacia la entrada del edificio, la sentamos en un banco que había ahí cerca del portón. Él entró al establecimiento. Mientras tanto yo la revisé porque estaba muy ensangrentada. Pese a que la hubieran pateado fuerte, no había sangrado. La sangre que había sobre ella era mía. Iba a rasgar la manga de la remera para ponerla en mi boca cuando el sereno llegó trayendo una botella de agua y un botiquín de primeros auxilios. Pasó el agua a Dulce y me extendió un frasco de violeta y una venda de gasa. Usé una parte de la gasa para intentar aplacar la salida de la sangre. Dulce gemía con las piernas entreabiertas. Como si dijera que más no podía hacer, el sereno

nos aconsejó ir a ver un médico. Le dijimos que íbamos. Le agradecimos por todo y nos fuimos.

Bajamos por la Av. Gilberto Mestrinho muy lentamente.

Yo la sostenía con una mano y en la otra llevaba sus tacones. Paramos varias veces para descansar. Yo aprovechaba para tirar el trozo de gasa empapado de sangre y poner uno nuevo con violeta en mi boca. De a poco la hemorragia se fue atenuando. Quedó sólo el intenso dolor como de quien extrajo un diente o dos y la sensación de que mi labio superior estaba enorme. Por la dificultad de Dulce en caminar, nos llevó como dos horas recorrer las seis cuadras desde la escuela hasta su casa. Así que entramos, le ayudé a recostarse en la cama. Con mucho cuidado pero diligente, me puse a desvestirla: el vestidito color tango, la bombacha negra, la tanguita trucadora beige. Ella gemía un poco. Sus testículos estaban muy hinchados. Le dije que mantuviera las piernas abiertas. Ella empezó a lloramin-

gar, no sólo por el dolor, sino más por el miedo de que sus testículos se quedaran abultados para siempre. La intenté tranquilizar diciéndole que no, que me había pasado algo semejante en el fútbol. Fui a la heladera a buscar hielo y con un pañuelo, muy suavcito, empecé a hacerle compresas en los testículos hinchados. Me daba mucha pena. Yo no estaba tan seguro si realmente iban a disminuir de tamaño. Nunca me había pasado algo tan grave en el fútbol. Para ayudar con el calor, puse el ventilador sobre el taburete del tocador y direccioné el viento a sus genitales. Entre quejidos, me preguntó si yo estaba bien. Miré mi boca en el espejo oval de su viejo tocador. Parecía que ya no sangraba de ninguna manera. Los dos dientes estaban rotos: uno por la mitad, cortado un poco en diagonal, y el otro casi al ras de la encía. El labio estaba partido, si bien no estaba tan enorme como se sentía. Me detuve mirando el color violeta que dominaba mis órganos bucales.

— Sim, estou bem —le contesté.

No dejaba de acordarme de que ella envidiaba mucho que mis testículos fueran más chicos que los suyos, y ahora entonces... Al final se durmió. Le di un beso en la frente y fui a forrar el suelo con una manta. Medio que descerró los ojos y me preguntó qué estaba haciendo. Le expliqué que era mejor para que se acostara con las piernas abiertas, pero susurró que me quería al lado suyo. Antes de juntarme a ella en su camita de una plaza, fui hacia el aparatito de radio y lo encendí. Al acostarme a su lado, se acurrucó pichona en mi pecho y la consentí acariciando y oliendo su pelo siena teñido. Fuimos adormeciendo al sonido lírico cebollero de For making love, como siempre hacíamos en los días que su mamá no estaba y acabábamos la noche juntos.

— Feche seus olhos.

— Dê-me sua mão, querido.

En la habitación de sombras y penumbras, la analgésica voz de F. Cavalcante nos apagó antes de que la noche cerrara sus labios. En mi caso, no por mucho tiempo. Me dormí por lo máximo unas tres horas muy mal dormidas. Me desperté con la boca doliéndome intensamente. Buscando no hacer ruido, me levanté. Luego de apagar la radio que ya transmitía cualquier cosa, fui a preparar una infusión de agua salada para hacerme gárgaras. Volví y me senté al borde de la cama. Dulce respiraba pesado, como si estuviera teniendo una pesadilla. Pasé los dedos por su pelo y ella agarró mi mano. Después de algunos minutos haciendo gárgaras, el dolor se fue amortiguando un poco y volví a acostarme a su lado. Al despertarme definitivamente la vi contorsionándose para poder mirarse los testículos en el espejito de un estuche de rubor. Al verme despierto, empezó a refunfuñar sobre sus “testículos de

dinosaurio". Entre bostezos, me levanté y fui a mirarlos y le garanticé que habían disminuido. Ella no me creía y no paraba de lloriquear. Le dije que no se preocupara, que iba a preparar una sopa para alimentarnos un poco y enseguida iba a llamar a mi madrina para que me enseñara algún remedio casero. Preparé una sopita aguachenta con fideos y una que otra verdura que era lo que había de comer en la casa. Al tiempo que se enfriaba, Dulce se levantó de la cama y fue al baño caminando con las piernas abiertas. Empezó a lloriquear otra vez porque le dolía al orinar. Yo le ayudé a volver y nos pusimos a comer. Aunque estaba liviana, me costaba ingerir la sopa. Yo ponía los fideos con bastante líquido cerca de la garganta y los sorbía sin rozar la encía superior. Aun así era incómodo. Mientras comíamos, Dulce me contó la pesadilla que tuvo. Era la continuación de la biaba que nos dieron sin la intervención de nuestro ángel de la madrugada. A pesar de la mu-

cha hambre que tenía, pude comer muy poco. Fui a casa a cambiarme de ropa y del teléfono público ahí cerca llamé a mi madrina. Como empecé a hablarle con dificultad por la situación de mi boca y con rodeos por el tema, me dijo que le hablara sin vueltas. Le narré que un amigo había recibido un fuerte golpe en los testículos jugando al fútbol y quería saber qué podía hacer porque le daba vergüenza ir al hospital. Mi madrina me explicó que tenía que ir a ver un doctor, si no iba lo mejor sería poner una compresa helada. Le dije que eso ya lo había hecho. Entonces me dijo que le dijera para descansar, tomar dos aspirinas al día durante una semana, beber agua de garbanzos, nada de comer huevos... y no recuerdo qué más recomendó. Antes de colgar, quiso saber por qué mi voz estaba tan rara. No sé qué cuento le mandé, estoy seguro de que no le dije que había perdido los dos dientes. Volví a la casa de Dulce y no nos despegamos todo el fin de semana: mirando la tele,

comiendo helado, completando palabras cruzadas, oyendo For making love para cerrar en paz sedante la noche. Al poco tiempo sus testículos volvieron al tamaño normal. Ella nunca paró de decir que habían quedado enormemente mayores que antes. En la siguiente semana su mamá regresó del interior y no pude ir a visitarla más en casa, pero siempre encontrábamos la forma de vernos. Todavía una vez, sin saber que era nuestra despedida, saltamos los muros de la escuela José Mota y ahí en los fondos...

— Agora sim são verdadeiros boquetes os teus —me dijo, refiriéndose a la falta de mis dos inmensos incisivos centrales.

Ella no volvió a ir a los puntos de prostitución de Manacapurú. Algunas semanas después de lo que nos pasó, agarró sus cositas y esperanzosa se fue a Manaus con una amiga. Si de la ventana del micro me hubiera dicho algo como:

“¡Tal vez no te vuelva a ver, prenda de mi corazón!”. Pero no: me dijo que volvería con dinero para que yo me pusiera los dientes. Durante meses esperé que llamara al teléfono cerca de mi casa. Desde entonces nunca más me gustó el verde. Cinco años más tarde, ya viviendo en Manaos, fui convocado como miembro de mesa electoral y volví a Manacapurú por última vez. Pasé por la peluquería del Mendes, donde la había acompañado un par de veces a hacerse el pelo y él me dijo que la única cosa que sabía de ella era que se había ido a las Guayanas. No creo que lo que las chicas dicen a sus amantes está escrito en agua corriente o en el aire, creo que a lo mejor quiso volver conmigo pero no pudo por alguna razón. No tengo dudas de eso porque en nuestras andanzas en muchas ocasiones nos poníamos a caminar en silencio, no tanto por miedo a alguien en concreto sino por una especie de incomodidad. La misma incomodidad que a veces hacía que Dulce sin

más se volviera una lágrima viva. En esos momentos yo le plantaba incontables besitos en la mejilla y, pasado un ratito, ella enjugaba la cara en mi hombro y volvía a sonreír. Más de una vez tuvimos conversaciones aparentemente banales y que, emergiendo hoy a la superficie, adquieren una pesada carga ontológica. Como en un nostálgico domingo a las orillas del Mirití cuando me preguntó qué iba a hacer cuando completara mis dieciocho años:

— Vou mudar de vida —le dije con confianza.

Al devolverle la pregunta, ella, que llegaría a esa edad dentro de pocos meses, me contestó con otra pregunta y un dejo de congoja:

— O que que pode esperar uma bicha da vida?

Y las aguas se enturbiaron con la cortina de vacío que afelpó el instante.

Además de la saudade que me invade... me gustaría que dónde quiera que esté, en estos momentos en que me acuerdo de ella, de repente se sintiera amada. ¡Porque eres y serás para mi alma un día de sol, eso eres tú! No obstante no puedo dejar de enturbiar mi ternura porque al mismo tiempo se me presenta y superpone este mundo de mierda donde todavía se hace difícil imaginar a una chica trans celebrando sus 40 años.

Melodía en Chelsea

La puta más solicitada de la Agencia Sherry Teens, es Melody. Su nombre engaña a la clientela: las chicas que se anuncian en los fanzines más under de la escena, y en tarjetas estratégicamente colocadas en galerías art deco y fiestas clandestinas de Queens, tienen todas arriba de 23 años. Melody tiene 24, Trix 25 y Chancy 26. Pero Chancy sólo quiere contestar el teléfono. Así que sólo quedan dos chicas disponibles, de las cuales, Melody es la más solicitada.

Mide 1.66 de estatura, es pelirroja natural, tiene los senos pequeños y arriba de ellos, un mar de pecas donde cualquier bañista desearía morir ahogado. Esa misma área tiene un sabor explosivamente salado; como si la pequeña Melody hubiese nacido en medio de un océano Californiano. Pero no; vió la luz en uno de los barrios más exclusivos de Manhattan. Siendo hija única, le corresponde ser heredera de uno de los imperios de la moda más célebres en el vestir neoyorkino de principios de los setenta: las zapaterías Leather Skin, especializadas en botas de piel de armiño y víbora de cascabel mexicana.

En estos momentos, Nancy Sinatra, atestada de cocaína, sale ayudada por uno de sus amantes puertorriqueños, lleva seis pares de botas de piel de alce en tres distintos colores. Alguien le dijo que Mia Farrow esperaba esos modelos para comprarlos todos. Así que le dejó 50 dólares a uno de los vendedores para que le diera la siguiente nota:

“¡Bang, Bang! En tu cara, zorra trepadora”. Luego le mostró su pecho izquierdo. – Cortesía de la casa Sinatra –, dijo. Melody bien pudo acompañarla hacia la salida, y hacerle los honores: “gracias por su visita Señorita Sinatra”, “me encantó su nuevo sencillo, lo escuché en el Studio 54”, “vuelva pronto, Señorita Sinatra”. En vez de eso, en este instante, se está atascando de verga jamaicana en una de las habitaciones del Hotel Liberty, frente al Chelsea.

Cuando termina con él (o, mejor dicho, el jamaicano, que parece el doble de Shaft, termina con ella), se limpia la boca, escupe varias veces al suelo y mira por la ventana hacia el Chelsea. Una limosina blanca se estaciona en la entrada, y de ella, una mujer en abrigo de visón entra rápidamente. – “Juraría que era Brigitte Bardot” –, se dice a sí misma Melody.

Miércoles por la noche.

Trix y Melody se toman unas horas libres. En la disco The Sombrero el show de esa noche está a cargo de Dooshenka, quien interpreta temas de Sun Ra en versión disco, con un descarado playback (que a nadie le importa, porque su atuendo, una túnica larga hasta las rodillas y transparente, desvía la atención de todos: no pueden quitar la mirada de las dos aureolas que tiene por pezones). Bien podría estar cantando God Defend New Zealand y nadie lo notaría.

– ¿Qué tiene en medio de las piernas? – pregunta Trix, que no deja de mover los hombros al ritmo de la música.

– Los genitales. Se los sujeta con una cinta de aislar.

– Oh.

Melody saca un Gitanes de sus pantalones de cuero y justo cuando piensa encenderlo y formular la pregunta corres-

pondiente para iniciar toda charla con Trix: “¿Cuándo vamos a exigirle a Chancy que también tiene que coger con los clientes?” Trix interrumpe sus pensamientos sujetándola muy fuerte del brazo.

– ¡Cielos!, ¿ya viste quién acaba de entrar?

– ¿Quién? – Melody enciende su Gitanes. Saborea la primera chupada.

– ¡Mira, mira! Allá a tu izquierda, junto al tipo de pelo blanco y la chica anoréxica y ridícula.

– Trix, el tipo de pelo blanco, para tu información, es Andy Warhol y esa chica anoréxica y ridícula a la que te refieres, y que no logro distinguir bien por toda esa cantidad de gente que los rodea, debe de ser Twi... oh, Dios.

Melody dejó incompleta la frase. Dejó el Gitanes consumirse en su mano y a su amiga con la perorata para ella

sola. Dejó que todas sus fantasías de grupie afloraran por su piel e hicieran que su coñito se lubricara al ritmo de “Plutonian Nights”.

Lou Reed venía entrando al The Sombrero del brazo de Warhol, con sus Ray-Ban oscuros y una camisa que le dejaba ver su pecho tan bronceado para alguien de Brooklyn. No tenía vello. Un chico con bigote tupido y pañoleta roja se le atravesó, y le plantó un beso en la boca. El chico le agarró una nalga, Lou metió su lengua en su boca. – “Es el bisexual más guapo que he visto” – pensó Trix.

– “Yo me encargo de hacerlo completamente hombre” – pensó Melody. Y se levantó caminando hacia el séquito que rodeaba y asfixiaba al gurú del arte pop.

– ¿A dónde vas?

– Al baño, a polvearme la nariz.

– El baño queda para el otro lado.

Pero Melody no escuchó, se abrió paso entre la gente, que en su gran mayoría eran como gigantes para ella. “Debí de ponerme una de esas botas que vende papá y mamá. Las que tienen esos tacones de 18 cms. que luego se quitan, y con una pila o dos puedes usar como consolador con vibrador”. Todo el mundo tiene derecho a sus 15 minutos de fama.

Veinte minutos y catorce líneas después, instaladas en una mesa con “los nuevos descubrimientos de Andy”: Carmín, Sevigny, Monique, Zion y Cosa Salvaje (la primer Drag Queen piel roja que existió, con una figura de linebaker de los New York Jets), Trix que no deja de mover los hombros y beber Margaritas. Lanza miradas hacia la mesa en donde está Lou con Warhol. “¿Es ése John Cale?”, “No. Sólo es un chico guapo que se parece a John Cale.

– Melody, ¡Melody! – Grita Trix para dejarse oír. – ¿Quién es tu amigo? Es lindo. – Melody tarda un segundo en captar. Enfrente de ella, sentado y sin presentarse, un chico guapo, rubio, ojos claros, barba de varios días, en camisa negra con las mangas arremangadas y jeans rotos de las rodillas, mira hacia todas partes y a ningún lado. Con la mirada perdida. Tiene la cabeza un poco echada hacia atrás, las venas de los brazos marcadas y saltonas. La sonrisa de un loco. Un adicto a la heroína buscando a su camello perdido.

– No sé quién es. Pero si tuviera 25 dólares en sus bolsillos, me lo cojo ahora mismo.

– Yo le prestó 20 y se la mamás delante de nosotras. – Dice Monique, que es quizá la más femenina de todas. Y la única que orina en el sanitario de hombres.

– No creo que en su estado se le pueda parar. – Interviene

Trix, – ¿tú qué opinas Cosa Salvaje, te gusta el tipo? –

– ¡Au! Gustarme su cabellera, verse bonita en mi colección. – Contesta Cosa Salvaje mientras termina de alisarse las pestañas. Ella sería la envidia de todas las mujeres de la Reservación de Tacoma, y tres Reservaciones Sioux vecinas.

Un hombre, de cerca de cincuenta años y con un fuerte olor a heterosexual, se aproxima a Melody mientras Dooshenka pasa por un lado y saluda a ambas mesas. Mira hacia la mesa de al lado y le lanza un beso a Lou. Luego, con la mano, hace la seña de que dispara con una pistola, y apunta directamente hacia Warhol. ¡Pum! Dispara. Todas ríen por lo bajo, mientras Andy se cubre con su chaqueta asustado. Esa misma chaqueta que acaba de comprar en la tienda Sex. El hombre, más decidido, le muestra una tarjeta de Sherry Teens a Melody y se agacha para susurrarle

algo al oído.

Ella asiente.

– Ahorita vuelvo damas. El deber me llama.

– No tardes, de aquí vamos a continuar la fiesta en la Suite de Andy.

– ¿Dónde es?

– Piso 12. Habitación 1290. Hotel Chelsea.

El suelo parece moverse para Melody. Su corazón se agita y siente la necesidad de colocarse de nuevo, solo por placer. Una orgía en el Chelsea, y luego, ¿quién sabe?, la nueva chica de la Factoría. ¿Por qué no?

– Vamos cariño, antes de que se me ablande y me arrepienta.

– No tardaré, estaré enfrente, en el Liberty. Me paso de ahí.

– ¡Uuuyyy ese nido de cucarachas! Jajaja – ríen todas.

Mientras, Cosa Salvaje habla con un tipo que fuma un puro y le cuenta historias de un nuevo grupo que está formando llamado The Village People, del cual desea que forme parte.

Trix intenta acercarse a Lou sin ningún éxito. Lou sólo tiene ojos para el enorme paquete que sobresale de los pantalones del chico que acaba de morir sentado por una sobredosis de heroína en la mesa de al lado.

El revolcón estuvo de primera, el hombre que juraba llamarse George y decía había formado a los Beatles, quiso repetir. Melody después de varios “ajá”, “ajá” se disculpó y mandó saludos al falso Paul, muerto años atrás. Salió corriendo del Liberty bajando los escalones de dos en dos.

Cuando salió a la calle, la misma limosina blanca de días atrás se estacionó frente al Chelsea. De ella, la misma mujer en abrigo de piel de zorro. Melody le dio alcance y lo primero que notó fueron sus botas: *Leather Skin*, de pitón en color violeta. “198 dólares con .98” Sí, debe de ser B.B.

Las puertas del elevador se abrieron, ambas mujeres entraron. Cuando la mujer del abrigo de zorro se puso de frente, Melody reparó en dos cosas: una, sus grandes lentes oscuros, y dos, sus botas no eran de tacón alto. Era más bajita. No era Brigitte Bardot. La mujer oprimió el piso 10 y se quitó los lentes. Era Janis Joplin.

“Madre Santa, es Janis”

– ¿Eres una caza autógrafos? – preguntó Janis.

– No.

– ¿Te hospedas aquí?

- No.

- ¿Eres una golfilla?

- ¿Lo parezco?

- Sí.

- Entonces lo soy.

- ¿Te quieres ganar 200 grandes?

- ¿A quién me tengo que coger?

- A mi novio. Leo. Pero sólo quiero que se la mames.

- Y tú, ¿qué harás? ¿Grabarnos?

- No, cantaré "Cry Baby". Él no te verá, la luz permanecerá apagada. A veces tiene unos deseos y fantasías muy raras.

Y Melody no sólo le hizo una mamada en una cama destartalada al poeta. También introdujo sus dedos en su ano

y lo sodomizó. Ella nunca supo quién era “Leo” y él nunca conoció a la pequeña golfilla. Janis se llevó el secreto a la tumba; jamás escuchó su canción.

El último baile de Danzo

Conoci a Danzo en uno de esos lugares donde la gente grita demasiado y finalmente encuentra a otra gente que le dice que grita demasiado.

Todo un lugar.

Teníamos un patio para charlar. De vez en cuando alguien pasaba corriendo con alguien detrás corriendo para agarrarlo. Gente de lo más fina.

Había un banco al lado de un ciprés. Los cipreses son bu-

nos árboles para los locos. De todos los arboles el ciprés es el que más piensa, el más delgado de locura y de amor. Un fino caballero hecho de madera, de perfume, delicado.

A veces querría ser un ciprés.

Entonces Danzo me miró. Tenía los ojos profundamente verdes en medio de una cara un poco como del color del té con leche. Uno podía pensar que había venido de muy lejos, o que su alma o sus padres se habían cruzado en algún lugar insular del mundo, un lugar no perfecto, desdibujado. Con horizontes demasiado lejos, que habían hecho que la sangre hubiérase mezclado de una manera salvaje, una mezcla de amor y de odio, de sexo, de locura, de almas frías como un témpano de hielo, o un iceberg... Y ese iceberg se le veía con los ojos y veías que debajo de ese iceberg en los ojos había, debajo de la superficie del mar de toda una vida y de las vidas que lo habían precedido,

un secreto solemne y grave.

Debe de haber sido con Danzo que me callé para escuchar. Debe haber sido la primera vez y la última. Yo estaba ahí por un desliz no muy grave pero que me había llevado a tomar la decisión de internarme por un mes, sólo para bajar cuatro cambios. Demasiada música, demasiado miedo y demasiado pocas pastillas. Eso y pensar fue mi quiebre. Eso fue lo que me hizo un clic.

Además, tenía ganas de aventurarme de caradura en cosas nuevas y había terminado como un perejil con ajo con la cabeza fracturada y en llamas.

El Borda es un lugar vasto y amplio. Mucho verde, mucho barro, muchos fantasmas.

Me trataron muy bien, de todas maneras.

Danzo estaba ahí indefinidamente, y por lo que pude sa-

carle de adentro del culo, a través del velo, me di cuenta que estaba bien ahí. No necesitaba a la gente «normal». No sé si alguien lo necesitaba a él.

De vez en cuando lo veía con un par de pantalones nuevos o con un par de zapatillas limpias, o un buzo rojo bastante bien planchado. Nunca le había relojeado visitas.

Era como parte de una realeza de bajo perfil o una suerte de espía internacional para joderme la cabeza y sacarme la mitad de los cigarrillos. Me caía bien. Yo había empezado a fumar menos, a dormir mejor, a tener menos miedo de estar entre extraños aullando.

Había un par de mujeres, con caras desencajadas y con las piernas de fácil abrir. El lugar era detrás de unos árboles. Era la zona liberada. No había condones, no sabía yo todavía sobre la penicilina. A nadie le importaba. Yo no la ponía, solo trabajos bucales. Un cigarrillo por aquí, una re-

vista por allá, unos mates, unas sonrisas de dientes amarillos.

Transacciones justas.

Danzo no intimaba a la vista del «público». Debía tener entre unos cuarenta y cinco o cincuenta años. Algunas canas. Patas de gallo. Barba plateada de un día y medio.

A mí me daba la impresión de que era un hombre con un metabolismo excelente basado en una metódica pero ligera locura. Era como un delgado pensamiento, o un remolino de arena.

Existir y ser contemplado fluir y metamorfosearse en un sobrio poema.

El tipo era infumable.

Un día le pregunté qué es lo que nos había hecho tan mal.

Me dijo:

- Amor, salud, y dinero.

Entonces yo repliqué:

- Y qué es lo que tienen para salvarse la mayorías del resto de los mortales normales?

- Sexo y muerte.

- En ese orden?

- No.

Y tenía razón.

Entonces pasaba alguien corriendo y agitando el puño hacia el cielo, en cueros, flaco y livianísimo como un lince, con unos jeans sucios azules que de tan sucios en las rodillitas y en las botamangas parecían negros. Una mezcla de mugre, agua, tiempo. Y los pelos ralos en la cabeza, negros siempre, agitados por un constante temblor nervioso o

congelados en un frizz estático.

En resumen: El diálogo con Dios que nunca cesa, la decepción absoluta, la ira, los sentimientos heridos. Un corazón roto. Esas cosas. Cosas básicas.

Están por todos lados, el loquero sólo es un lugar específico eventual con gente bien definida en constante nacimiento y desarrollo.

Alguien que se preocupa y que se hace preguntas en vez de bailar salsa y cumbia ya es un digno candidato.

Hay más afuera que adentro. Los de afuera siempre fueron y serán los peores.

Quiénes no estaban? Quiénes se iban a los pocos días o el mes?

Los cínicos más estándar se iban rápido. Esa frialdad, los mamones perseguidores de rubias bobas con los dientes

prominentes y con las tetas consumidas y las caras naranjas por sol.

Esos estúpidos con la inteligencia enterrada en una tumba al ras de la tierra siempre generando siempreverdes brotes y flores tontas. Eran inescindibles.

Su mediocridad les aportaba una coraza inexpugnable, y yo sabía que sus hijos heredarían la Tierra, y eso me enfurecía y aún me enfurece y me seguirá enfureciendo.

Debo aceptar que vi un par de notables a quienes adoré por siempre jamás por su dulzura, sus irremediables pérdidas, su delicada fuerza bruta para remendar la rama quebrada. Ambos perras y cabríos. Se fueron rápido porque habían cometido un desliz más pequeño, o algo relacionado con la merca.

Eran también un poco fríos, pero sólo lo imprescindible

para sobrevivir sin morirse antes que los encontrara la última muerte.

O, habían tenido un breakdown y la familia había estado presente para agarrar la manga del que se ahoga en un pozo en su tiempo de brillo intenso.

Lo primero que deja atrás, un loco, es la familia. Lo primero que deja atrás una familia, es a un loco.

El loco intermedio es el más odiado de todos. Es el poeta rastrero, el fisgón cibernético, el neohippie fumata con problemas para lavarse los dreadlocks y buscar trabajo caminando por los pasillos de un dúplex con el padre mirando desde la poltrona impecable, calvo, con dos ranuras negras por ojos, odiando su propio semen.

Un día, Danzo me dijo, con los ojos brillantes:

- Usted es muy maricón para ser malo, por ende, ha falla-

do en eso. Ese fue su pecado. se ha quedado en un claroscuro muy aburrido. En una tierra media. Por eso lo odian, por eso se odia a usted mismo. Ellos lo toman con pinzas y usted usa esas pinzas para clavarlas en su propio corazón, y eso está mal.

Y ahí me cagó otra vez, porque también tenía razón, otra vez.

In-fu-ma-ble.

A mí me gusta que de vez en cuando me dejen espacio para tener razón, aunque no la tenga. Y estar en un loquero y no tener razón porque hasta los locos tienen más razón que uno es un golpe bajo. Eso es ser más estúpido que ser un demente.

Como si uno hubiera hecho fuerza para ser un boludo. Cosa que me lo han dicho un par de veces, lo cual refuto,

pero la repetición de semejante declaración, que no es ningún anillo de diamantes en el dedo medio de nadie, me hace dudar de vez en cuando.

- Esta noche me voy, y vos te venís conmigo.

Me lo dijo muy serio. Sus ojos verdes, azules, profundos, oscuros, el marco de la cara, la cara el marco, cien mil cuervos alarmados volando fuera de un campo de trigo directo hacia el centro del corazón del infierno.

- Por qué irnos de noche? -, dije frescamente.

- Por qué irnos de día? - retrucó Danzo, amable como el hielo.

Si hay algo de Danzo y de los locos que me voy a llevar como un secreto a la tumba es la manera en que caminan, la manera en que caminamos. Debajo del grito de las pantorrillas hay una ley de rebotar, una ley de mover la Tierra

con los pies con una muy poco velada ley del mínimo esfuerzo. Parece una dicotomía, pero es muy cierto. Y es aterrador. Lo pueden comprobar ustedes mismos, llegando a la situación de contemplación de los sujetos adecuados llegando a esa misma situación de la manera más simple y más dolorosa.

No importa.

«Te irías a caminar, pero necesitas una razón". Eso lo dijo el Jefe de Todos, Danny Johnston.

Danzo tenía una mochila roja de setenta litros. Adentro había algo. Lo vi venir del taller de arteterapia en el Ala Oeste. No sonreía. Parecía sereno.

Claro que parecía sereno, porque se iba a morir.

Lo vi venir flotando sin mover los pies por el barro hacia la pared del pabellón principal. Pude ver a través de él

mientras venía hacia mí. Se me partió el corazón y tuve miedo, porque se dirigió hacia mí como quien ama certamente y deseé no haberlo conocido nunca. Deseé no conocerlo para no verlo partir.

Me ha pasado con mis padres y mis abuelos. No puedo tolerar la idea de la muerte de mis seres queridos. Por eso huyo, por eso lloro, por eso me vuelvo loco. Por eso.

No me importa mucho dónde pongan mi culo seco.

Que me arrojen desde un Boeing 747 hacia el desierto de Atacama y que caiga de jeta.

Que me lloren los perros sordomudos. Que se me sequen los ojos y que todos se olviden de la grandeza de mis sueños.

Tampoco eran tan grandes y tan brillantes, así que al carajo.

Danzo se tiró de la terraza del pabellón dieciocho. Sucedió a la medianoche, cuando todos los enfermeros están de fiesta. De cara a la tierra. Pum. Dejó un hueco de diez centímetros en el suelo.

Adentro de la mochila había un par de alas de goma espuma que había pintado él a mano con ténpera gris.

No entiendo por qué no se las puso antes de saltar, el muy pelotudo.

Parecía un tipo más inteligente de lo que resultó ser.

Yo mismo me encargué de quemar esas alas de goma espuma en un recodo lejano del jardín, cuando nadie me veía.

Ahora fumo y espero. Estoy en control de mi respiración, fumo lentamente, en soledad y en compañía.

A veces alguien prende una radio. No escucho nada bueno

desde mil novecientos noventa y siete. Demasiado tiempo sin nada en dedos para un melómano en perpetuo éxtasis.

Mi nivel de azúcar en la sangre es el óptimo. Tisanas cuatro veces al día.

Huyo de los edulcorantes.

Galletitas de cartón.

Por la noche mis amigos se transforman en coyotes, pintamos la luna de azul con la yema del dedo.

Algunos se tapan los oídos. Tienen miedo. Alguna gente te puede gritar con el pensamiento.

Otros tienen ojos muy grandes y muy marrones. Te miran intensamente, te fustigan el alma con esas miradas implacables y terribles que te hielan la sangre y el corazón, te piden un pucho, te quieren charlar... y yo me levanto hecho un santo ofuscado por la inconmensurable carga de

mi tarea rompehuevos de salvar al mundo y voy hacia otro lado del parque, incapaz de razonar con los irracionales.

Cada día estoy más cerca de la esquina y contra la pared.

Cada día un poco más.

Un poco más, un poco más, un poquito más.

Esta noche me voy a poner muy verde, de un verde muy oscuro, como el musgo muy viejo, y me voy a fundir con el ángulo de la pared. Nadie se va a dar cuenta. No le voy a decir a nadie y nadie necesitará nunca más nada de mí.

Solo. Como un hombre.

Danzo va a estar ahí del otro lado, con la oreja translúcida contra el muro frío, respirando, en completo control de sí mismo, rascando la pared con un solo dedo, con un dedo fino y largo y blanco, con una sola uña, larga, blanca.

Shhh...

Buitre zombi

El sábado temprano recibí la llamada de mi pata G-Zombie desde el depa de la familia de su flaca en California (urbanización residencial de Trujillo) –se ha ido a hacer sus trámites y no viene hasta el mediodía, lanza ps- donde quería aprovechar el fin de semana largo para ponerse a escribir (sic) alejado de su natal NuXimbote. Recordaba la dirección porque hacía unos meses habíamos lanzando en la azotea y en menos de 20 minutos le avisé que lo esperábamos abajo con Epicus, quien me llamó segundos después que colgó para que lo salve -toy por el

centro- creo que venía de enseñar en una academia o algo así, entonces aproveché para asegurar otro par de pulmones amigos con cáncer benigno.

Subimos por el ascensor. Ni bien abrió le mostré la revista limeña donde acababan de publicar una reseña mía sobre su libro, una especie de salvoconducto para que me pase más Zombies ilustrados ya que participaría de la Antisemana de San Marcos y tenía pedidos de sus libros.

-Y para hacer el efecto más poderoso tenemos esta botella-,
-¿qué cómo es eso?- con el fayo encendido y el agua tomada hasta la mitad hizo ambos huecos: uno casi a la mitad por donde introdujo la cañita y otro cerca al pico para tapar y soltar luego de rellenar con humo la botella -¿ves?
¡Siempre listos!- Jules y yo observábamos atentos cómo el Pimpe nos impartía su cátedra en weed science.

Claro que Pimpe armaba el bomber con Guaraná, que lue-

go cuando la tomábamos sabía terrible –parece remedio– no como la Fanta, esa sí que dejaba un sabor extraño pero rico y peligroso si se disfrutaba en Pimentel.

Por el contrario, este bomber que compartíamos con G-Zombie era más saludable por contener sólo agua –mira, es muy sencillo, sólo debes tapar por acá, jalas el humo del baste y dejas que se llene toda la botella ¿ves? Pero debes jalar despacio porque si no se chupa y no sirve para nada-, –¡has hecho un bomb casero! ¡Ta qué ingenioso!-, –welcome, sirve para optimizar la ganya, si lo lanzas así nomás como baste, bacán, tienes un rato de locura, pero con el bomber se triplica, porque no sólo jalas el humo, sino que pasa a través del agua y sale purificado para almacenarse en la botella e inspirarlo otra vez, mira, se queda un huevo de humo, tanto que te puedes atorar-, –a ver déjame probar-.

Epicus se esmeró en enseñarle –paciente como profe de Li-

teratura- la manera efectiva de usarlo porque mi buen pata G-Zombie necesitaba instrucciones hasta para lanzar. Cuando agarró la práctica se desencadenó la locura: el sol de las once y media pasó al del mediodía y a mitad de nuestra tertulia rockero-literaria le metimos rápido y sin pausa el segundo bate -el problema es que lo acabamos muy rápido y un bomber es para jalar despacio, con técnica, sino se consume sin pausa- le di un par de toques sutiles y profundos que no chuparon la botella pero crearon bombas de ganya que estallaron de estonura -¿ves? Jalando poco sale igual un culo de humo, así que por las huevas es desesperarse-

Pasada la primera hora de sentarnos en la azotea nos sentíamos como al interior de un horno microondas, G-Zombie me preguntó si estaba escribiendo algo para presentarlo al Copé de Cuento, le respondí que de momento sólo buscaba poesía porno peruana -¿sigues con eso?-,

-claro ps huevón si voy a presentarlo en un par de semanas-, -yo pensaba que estabas preparando algo sobre tu tema favorito: el conflicto armado interno-, -ah no sí, ese es otro trabajo, pero todavía tengo que acabar de leer toodos los libros que he comprado para delinearlo mejor y eso creo que me tomará unos años ya que no puedo leer más de tres libros seguidos desa temática, o me deprimio mal o me rebelo feazo -el bomber circulaba y muy pronto se acabó el segundo bate -por suerte no hay segunda sin tercera-.

Volví a encender otro más en medio de un piso que quemaba mismo lava. Ya para esto G-Zombie era todo un experto, jalaba el bate muy tranquilo y conversaba -es mejor así porque esta ganya es una red hardcore, y con el bomber le baja un poco la dureza-, -así entra más suave, ya no

raspa- Epicus no es de hablar mucho pero cuando lo hace suele mostrar su fanatismo por Hesse.

Tras consumir este último teba saqué la rizla de mi bolsillo y sobre uno de sus libros armé el respectivo el pava de pavas -¡ve! Si salió algo bien rico, ah, un teba-dedo- G-Zombi no dejaba de hablar de la última novela de Phillip Roth que acaba de leer ¿o era Foster Wallace? ¿Thomas Pynchon? ¿Kurt Vonnegut? ¿John Cheever? Algún autor gringo para lectores ultra hipsters -¿Don DeLillo?-, -¿cuál tienes de Don DeLillo?-, -ninguna, sólo me gusta cómo suena su nombre, me hace sentir posmoderno- debemos haber estado embalados porque -como ya se acabó, apa, ahora sí, para calmar esta sed y el calor no hay nada mejor que un buen té de ganya- levanté la botella y señalé su turbio contenido de ramas y ceniza -asu, tío no jodas, tú te pasas ya-, -si esta es la parte más rica, por eso te decía que el bomber triplica el efecto, ya que también te puedes to-

mar esta agua concentrada en THC-, -eres todo un científico-, -ja, decho, weed sciencie ps, dale un trago nomás y siente- tanto Epicus como yo le dimos un sorbo a esa agua con sabor a jarra de acequia tras la lluvia ácida de verano; pero igual nosotros ya estábamos acostumbrados, no así G -Zombie, quien se puso a toser y se movió lentamente a la sombra.

Habrá sido el sol de mediodía o el cuarteto de tebas en bomber ¿por qué no el yogurt que tomó de la refrigeradora y acompañó con hojuelas, al parecer, vencidas? Pero Zombie se arrodilló y emitió un sonido de motor averiado para arrojar tremenda buitreada sobre el techo que más parecía haber querido baldear gratis con su bilis.

Pasados los primeros diez minutos de arrojada ininterrumpida sabíamos que tendríamos para rato. Entonces Zombi tuvo una pausa quedando arrodillado y agarrán-

dose la barriga, diciendo incoherencias, allí aprovechamos para bajarlo cuando oímos subir a alguien a la azotea con una canasta de ropa. Ni bien ingresamos al depa la represa reabrió las esclusas. El primer baño a la vista era el de visitas donde terminó de expulsar sus intestinos dejando un extenso camino para no olvidar sus orígenes.

-Oe tu pata está mal ¿qué mierda tenía esa ganya?-, -puta no sé, nada, sólo era una red como cualquier otra... la del Antauro, huevón ¿no estaríamos buitreado también?-, -cierto, pero tu pata se está muriendo en el baño-, -yara tío, eso sí me lokea-, -vámonos ya mejor-, -nicagando, si nos quitamos así van a pensar que hemos querido envenenarlo o algo- como todo un experimentado en las lides del buitre, gracias a su época de alcohólico metalero (que incluye buitreadas emblemáticas con jateadas en parques) no le quedó otra a Epicus que dirigirse al sofá de la sala y agarrar una de las revistas.

-Oe Zombie ¿tas bien?-, -sí tío, pero mejor váyanse ya que si mi flaca...wrrrofff...- volvió sumergir su rostro en el wáter -no, tío, apucta, nicagando, sólo buitrea tranquilo que no pasa nada-, -no, por favor, váyanse mejor... wrrrroaagggff-, -nada tío- le pasó papel higiénico, asu cómo buitrea ¿qué pasa? -oe tienes que parar ya-, - tamare, no puedo, no sé qué me pasa, wrrrroofaasshggg-, -es sólo sensación tío, ya no quieres buitrear ya botaste tod...acá viene de...- y seguía arrojando furioso el Zombie, más muerto viviente que nunca, pálido y asustado, lamentándose el haber aceptado fumar esa red, aunque de todas maneras ya se le bajó la estonura, al menos a mí sí, con todo esto de ver que el Zombie ¡ay! no siga muriendo ¿pero cómo puede ser tan flaco y arrojar tremendos huaycos! -¡todo el piso de la sala está hecho mierda!- buscaba en el lavadero un trapo para secar con el Epicus desde el sofá acotando -oe Lonso, suena muy interesante este libro

que reseñas- y el Zombie repitiendo moribundo -tío, por favor, mejor váyanse que si mi flaca me encuentra con ustedes de todas maneras va a pensar que...- acá respiró hondo -hemos estado tomando o drogándonos- subió su rostro descompuesto y trató de mirarme con sus ojos desorbitados -pero ¿qué de malo hemos hecho?-, -sólo quiero que no los vea- respiraba entrecortado, más apeli-grado que otra cosa -si me encuentra vomitando solo, fá-cil le puedo decir que...wrfrffff- botó esta vez su corazón y pulmones ¿por qué no paraba de buitrear? ¿Qué es lo que le pasa? A veces pienso que era todo un show.

Ya me estoy asustando, pero no deja de tener razón cuando nos repite que lo dejemos ¿y si se muere? ¡No te pases carajo! ¡Ya deja de buitrear! -oe Zombie, creo que ya es sólo sensación tío ¡cálmate!- parecía estar en lo cierto porque las arcadas ya no botaban nada -ves tío, ya fue, ya no hay nada más ¿qué mierda más quieres? ¡Lanzar tus

tripas con sangre!- se dirigió lentamente al lavatorio y echó agua a la cara para desahuevarse.

Andaba esputando en sucesivas gárgaras cuando sonó una llave y la puerta se abrió, su flaca apareció y más que sorpresa vi odio en su rostro porque, sin que lo diga Zombie se dio cuenta que algo no andaba bien ni con su rostro, ni con su peinado, ni ¿por qué tenía que estar toda la casa mojada como recién trapeada? ¿Y si lo secabas Lanso? Solo atiné a saludarla con un beso en la mejilla –¡hey! ¡Qué tal! Vine a dejar estas revistas y llevarme estos libritos... bueno Zombie, ya nos vamos- los ojos de su flaca reflejaban hogueras nazis tras detectar, ahora sí, que la cara de su adorado no podía lucir más muerta a pesar de su sonrisa. Salimos disparados.

La tarde siguiente timbró mi celular -oe ¿ya tas bien?

¿Qué fue? ¿Qué pasó? ¿Por qué tanta locura?-, -puta creo

que fueron las hojuelas pasadas que me serví esa mañana, hasta ahora no lo entiendo, nunca me había pasado-, -¿y tu flaca?-, -eso mismo le dije-, -¿te creyó?-, -no le quedaba otra pero era mejor que no los viera-

-¿Qué lección hemos aprendido, niños?-, -¿que los hipsters son unos fumonazos?-, -¿que no debes leer más de tres libros sobre el conflicto armado interno?-, -¿que no es buena idea fumar un bomber casero bajo el sol del mediodía?-, -¿que no debes tomar agua con THC?-, -¿que las drogas son malas?-, -apanen a este, por favor- lo patearon hasta casi dejarlo moribundo -¡Nada de eso mis pequeños genios! Parece que ven por ver ustedes nomás... tienen que analizar lo sustancial-, -¿el cereal?-, -Claaaro, ya saben entonces, la moraleja que nos deja esta historia pendeja es:

“Jamás consumas cereal si pretendes lanzar (en bomber)

ya que podrías buitrear sin parar...y eso, nicagando te va a gustar...”

Quedan advertidos...[1]

Ahora nos vamos a otra tanda comercial en este, el programa símbolo de los niños del siglo XXIII... ¡Weed science!-

[1] Aunque también deberían revisar la fecha de caducidad antes de consumir cualquier producto envasado...

Donde los muros eran de niebla

La calle, la noche. El viento frío en la cara. La camperita que te deja colar ese viento por la espalda.

Levantás los brazos. La camperita se sube, la remera también. Te miro la curva de la espalda, la de la cintura.

Estirás el cuello, lo girás en círculos.

Te pasan la birra. Le das un beso hondo y se la pasás a tu colega de la derecha.

Los autos rozan la oscuridad, las luces que emiten no lo-
gran penetrarla. La neblina es densa, espesa y parece una
pared que separara mundos.

Recién llegamos. Venimos de gira desde San Fernando en
tren. Bajamos en Retiro y contemplamos el tótem fálico,
hablamos alguna boludez al respecto.

Andamos con una gente que pintó por ahí pero yo sólo te
miro a vos. Te miro el culo enfundado en el jean y la cam-
perita que se te levanta. Te veo la cara que ponés cuando
te pega el viento. Miro a los otros pibes y cómo te miran
dándole el beso a la Quilmes.

Después es madrugada, ese horario indefinido que no
existe en los relojes habituales.

Pasa un gato negro y escuálido, nos mira como si nos co-
nociera de toda la vida.

Saludamos y nos vamos. Subimos por plaza San Martín hacia Santa Fe. Vos empezás a hablar, como de costumbre, de cualquier cosa. Yo te sigo la cabeza. No sé dónde dormiremos hoy, ni siquiera sé si dormiremos.

Me gusta escucharte pelear con las palabras. Hoy le toca al amor, al amor libre.

-Qué mierda quiere decir amor libre?????!!! - Así empieza el monólogo que vas a largarte.

-Cómo va a existir un amor NO-LIBRE?????!!! -seguís-.

Toda esa estupidez new age burguesa de querer contornar con palabras y con conceptos los recovecos del alma.

Ahí me besás. Yo me dejo, tranqui.

-No ves que soy libre. Que puedo estar con quien quiera y hacer lo que quiera y que si un día elijo estar sólo con un hombre o con una chica no soy menos libre ni el amor es

menos libre. –Yo sólo asiento con la cabeza y me quedo callado. No por no estar de acuerdo pero te conozco y sé que te gustan los largos monólogos.

Mientras te escuchaba igualmente el pensamiento predominante era dónde carajo íbamos a dormir, o más bien, a coger. Porque me gusta como hablás pero eso no me distrae ni un segundo de mi cometido principal que es clavarte apenas pueda.

Me da risa pensar que sigo pensando y te sigo nombrando en presente, a vos y a esa noche. No sé porqué particularmente esa noche, no fue más memorable que tantas otras... Sigo hablando en presente pero la realidad es que ya pasó banda, siglos.

Yo sigo acá, en mi celda idiota de una prisión idiota por cometer un delito idiota, y miro los rayos del sol o de la luna que a veces se cuelan por algún lugar y sigo pensando en vos como si fueras tan presente como antes y como siempre.

Porque cuando uno está preso piensa en cosas. Cosas insignificantes como tu camperita de jean y tu culo en el pantalón también de jean bien ajustado.

A veces te dedico ciertas pajas pero mucho más pienso en cosas simples, como tu boca contra esa botella de Quilmes y tu cara contra el mundo hablando del amor libre y la niebla de Retiro y los jardines de las casas de San Fernando.

Y a quién le puede importar que vos seas el no-amor de mi vida? Seguro que ni a vos ni a mí.

Cuando salga, que ya no falta tanto, te voy a ir a visitar.

Eso lo sé. Sé también que tu alegría va a ser inmensa y que te va a importar un carajo las cagadas que me vivo mandando, ni las que posiblemente me mandaré.

Sos la única que nunca me preguntó nada sobre lo que pasó y lo agradezco tanto...

Como si supieras todo siempre y no te importara nada.

Mientras yo mastico años, historias de amor, y esta historia particular tuya de un no-amor tan fuerte, vos seguis por ahí, danzando entre monstruos y gigantes, cagada de risa.

O por lo menos yo te veo así. Siempre sufriendo por el mundo pero lejos de todo, danzando entre despojos, cazando gigantes.

Sé que no te gusta la playa en verano. Nunca fuimos a la playa pero lo sé. Sé que te gustan las tormentas y el viento fuerte y que odiás a los tipos con perfume y zapatos brillantes y...

Soy un cursi del orto.

Pero igual a quien le importa, nadie va a leer esto.

No lo escribo para nadie, lo escribo para vos que igual estás en mi cabeza.

En este tiempo conquisté el mejor de los lugares del mundo para vivir: mi cabeza.

No tiene fin ni espacio/tiempo.

También eso me recuerda la película de mierda esa que vimos en el cine ese de Corrientes, de Cecilia Roth y Lupi en la que la mina se la pasaba tomando merca y nunca

estaba dura, nunca mandibuleaba, nunca se le caía un moco, nunca nada...

Bueno, en esa película de mierda hay una reflexión que no es tan de mierda, que hace el personaje del español y que habla sobre el amor, el sexo y sobre poseer la mente del objeto de deseo.

Sabés qué diálogo te digo? Creo que sí, hablamos bastante de eso después.

El chabón dice que le gustan los cuerpos pero que lo que más le gusta de verdad son las mentes. Que lo que le agrada o satisface, son las mentes, conquistar las mentes, poseer las mentes.

Ahí me viene a veces otra vez el tema de mierda de la propiedad privada y se me mezcla con esta, mi realidad encerrada por no respetarla.

Porque no me importa un carajo la propiedad pero que fácil es que hablemos de poseer, como si poseer algo fuera posible.

Yo acá, en este mundo diminuto y oscuro, tan lleno de nada, tengo como posesión –si es que tal cosa pudiera existir – mi alma sola, mi mente que divaga y este lápiz y papel que conseguí por ahí.

Pero creo que ninguna de las cosas que acabo de enumerar me pertenece de verdad, ni siquiera mi alma sola.

Porque todo eso fue creado sin mi intervención y puede seguir estando sin mí. Y lo que sí creé, una vez creado, toma entidad propia. Como este escrito, una vez que está en el papel ya no me pertenece. Pertenece al que lo lee mientras se entrega al acto de leer, después sigue su viaje, tanto lo escrito como el lector.

Por eso es que el diálogo del rubio español de la película me llamó tanto la atención, porque los cuerpos no pueden poseerse.

Aun en el canibalismo el caníbal posee a su presa sólo por un tiempo limitado, mientras dura el paso por el tracto digestivo. Después se pierde para siempre en el inmenso vacío.

Uno podría preguntarse por qué necesitamos tanto poseer. No lo sé. No sé nada pero en general esa necesidad me toca la puerta.

Y cuando me viene esa angustia pienso en vos otra vez. Porque sé que tengo una parcela reservada en tu memoria que no comparto con nadie. Y que ese cacho de historia nuestra está ahí guardado, en el mejor de los cielos posibles.

Y no sólo eso. Ahí está guardado el mejor yo posible. Porque aunque yo siempre saqué lo peor de vos, vos viste mi mejor versión, la que posiblemente no sea nunca. Pero garpa que éste yo inconcluso esté completo en alguna parte, y tu mente es el mejor lugar que se me ocurre.

Entonces pienso quién es en nuestro caso que posee a quién. Vos me tenés guardado en tu mente y yo tengo un cuartito iluminado en ese sitio y me consuelo otra vez porque sé, o quiero creer que sé, que nos poseemos en el único lugar donde eso no tiene nada que ver con la propiedad privada sino con tener un hueco, un nido, en un no-lugar fuera de todo espacio-tiempo y de futuros inciertos.

Yo en tu mente, el mejor lugar para vivir.

Es verdad que a veces me acuerdo de tu cuerpo y pienso que el mejor lugar para vivir es entre tus piernas, y debe

ser cierto. Bienaventurado el que ahí se encuentre en este momento y te de orgasmos interminables y una vida feliz por siempre o mientras dure, críe los hijos que tengan y baile esos rockanrolles que te gustan con pasos cortitos y te haga cagar de risa cada vez que pueda.

Me hace feliz que seas feliz, que hayas pasado por mí y hayas edificado mi recuerdo en tu memoria. Sin competencia, sólo un acuerdo blando donde cada uno ocupa el lugar que le toca.

Dicen que capaz salgo para las fiestas. Espero poder aguantar afuera y no ser tan pelotudo de caer de vuelta. Estoy, como todo el mundo sabe, en el infierno, en uno de los tantos infiernos que existen en este mundo de los vivos.

También me enteré que ahora cantás blues y tenés una banda. Y cada vez que pienso en eso escucho tu voz en mi cabeza, un poco ronca y profunda para tu textura fisi-

ca y te recuerdo fumando tabaco sin filtro, armando con tus manos de dedos huesudos. Después pienso en esos dedos pasando por mi barba mal afeitada en alguna de esas caricias que se anticipaban a cuando me cazabas la cara entera y me dabas esos besos que no terminaban nunca.

Capaz si salgo para navidad me meto de queruza en uno de tus toques y capaz después también me voy así, de queruza, para que no me veas. O no, y voy y te estampo un beso como ese que le diste a la Quilmes.

Aunque parezca que estoy medio mal, a veces siento tus labios, siento de verdad tu boca sobre mí. Sin cuentos, la siento posta.

En esos momentos pienso que me pensás tan fuerte que estás acá en serio.

Che flaca, esa es otra cosa que quiero agradecerte, que pienses en mí tan fuerte que puedo sentirlo a través de todos estos muros que hay entre nosotros.

Esa noche ahí por Retiro donde los muros eran de niebla y vos y yo estábamos juntos, dentro de la misma nube, supe, a ciencia cierta, que éramos indivisibles. No que nos íbamos a amar para siempre ni nada de eso sino que formamos parte de la misma realidad. Que aunque el mundo se volviera un lugar oscuro y tenebroso, vos estarías en el mismo no-espacio-sin-tiempo que yo. Indefinidamente.

También me alegra que te hayas ido de mi vida antes que todo se jodiera como se jodió. Me alegra que no hayas estado ahí.

Esos días fueron una mierda. Todo una mierda.

Un poco después que vos te fuiste todo se pudrió y no encontré la forma de recomponer el vínculo con el afuera de mí mismo.

Nosotros no siempre fuimos buenos, yo no siempre fui bueno con vos ni conmigo, pero éramos nosotros dos bajo el efecto embriagador de todas las sensualidades posibles.

Y cuando te fuiste... nada...

La nada misma. No porque te fuiste pero sí porque cuando estabas, como dije, yo era el mejor yo posible.

La atracción de la náusea

Se me había hecho rutina. Sentarme en esa mesa, pedir un cortado uruguayo, remover la espuma y desparramar los papeles en abanico caótico. Pruebas a corregir, trabajos prácticos con un rehacer intuido, y mi tesis. El sumun de la procrastinación neurótica, allí, casi a punto caramelo.

El tipo me miraba con sonrisa ancha. Siempre predispuesto, con su trapito colgando del antebrazo y la bandeja reluciente. Tomaba el pedido que ya sabía de memoria y se iba detrás del mostrador o circulaba por el salón aten-

diendo otros clientes. A veces nuestras miradas se cruzaban. A mí me parecía repulsivo. Un pelado rechoncho y barrigón, de la edad de mi padre. Cuando se reía fuerte dejaba al descubierto el hueco de su muela superior izquierda y yo imaginaba que de esa ventana bucal salía un aliento putrefacto.

Cuesta arriba la tesis se volvía una cumbre que me agotaba subir. Estaba muy cansada. El café, varios cafés sostenían con hilos invisibles a la marioneta inventada por el afán de la licenciatura.

El tipo con traje de mozo me servía la dosis diaria que necesitaba para mantener la vigilia y la atención para concentrarme.

Un día me guiñó el ojo. Fue después de que yo deslizara una puteada tímida. Me había volcado media taza en la remera salmón. Me ofreció un trapo limpio, no el que

usaba para su metier, otro, más limpio aún con olor a lavandina. Amagó pasármelo por la mancha mirándome las tetas con ojos de animal en celo. Lo retuve antes de que el ademán fuera un acto.

Esa noche lo soñé. Tenía la cara de mi viejo, y el cuerpo de mi ex, pero era él. Yo sabía que era él. No sólo por la chaqueta característica, sino porque al sonreír le faltaba la misma pieza dentaria.

La gripe con la que desperté me recluyó una semana en cama. Aproveché el tiempo ocioso para continuar redactando la tesis. Escribía y tachaba, reescribía y dejaba espacios en blanco. Un mosaico de ideas.

A los diez días volví a sentarme en la mesa del fondo, no quería estar en la vidriera de las mesas cercanas a la calle. La concentración huía al ver pasar a la gente y sus historias de vida por mí fantaseadas.

Esperé que viniera a servirme. Ese día tenía hambre, ganas de un tostadito y un café con leche. Se acercó un pibe de unos veinte años a tomar mi pedido. Un lindo chico con sonrisa Colgate. Quise preguntar por el mozo de siempre pero me pareció desubicado.

Mi tutora de tesis extraoficial, una amiga de hacía 20 años, llegó después. Pidió lo mismo y me dijo que el camarero parecía un modelo. Sin embargo, como un secreto inconfesable, yo esperaba que Pepe me atendiera.

Supe su nombre días atrás, cuando ya me sentía congestionada pero aún no cargaba fiebre.

En una servilleta escribió su apodo y su mail, y me dijo que estaba ojeada, que él sabía curar a distancia pero que para ello necesitaba algunos datos, por eso me daba su correo.

En esos días de reclusión febril, infiel a mi escepticismo, le escribí. Creo que fue después de haberlo soñado por segunda vez en una semana.

Estaba vestido con guardapolvo, llevaba tizas en la mano y me decía que desde ahora sería el único tutor posible. No recordé más. Mi mamá estaba renovando en mi frente los trapos de agua fría cuando me desperté. Una vuelta a la infancia.

Pepe: mi fecha de nacimiento es 12/12/1992. Nací a las 01.50 am según me comentó mi madre.

Muchas gracias por su ayuda. Analía.

Esa noche recibo su mail. Es breve y con bastantes faltas de ortografía. Lejos de desilusionarme me atrae la idea de comunicarme con un hombre tan rústico.

Mi amiga se retira dejando cinco pesos de propina. Con esto es suficiente, me dice. Me da un beso y la veo achicarse mientras cruza Rivadavia. Como un rompecabezas que no termino de armar y cuyas piezas no asocio dónde pueden ir, la tesis me desorienta. En la tele cercana al toilette de mujeres comienza a sonar el himno y me doy cuenta de que son las 12. No entiendo por qué sigo allí, trasnochando, hasta que lo veo.

Apojado en una columna escondida entre los dos baños y un pasillo angosto, con la camisa desabrochada por la mitad, se cierra la bragueta y se acomoda el cinturón. Cuando intuyo que puede llegar a mirarme bajo la vista y revuelvo el tercer café de la noche. Siento una tensión en el cuerpo que me incomoda. Me transpiran las manos y al levantar la taza derramo otra vez lo poco que queda de mi infusión.

De pronto, veo ante mí un trapo limpio y la bragueta semiabierta que permite entrever un calzoncillo abultado de color azul francia. Es ahí cuando me hiperventilo. Hacía tiempo que no me pasaba. Lo había podido controlar con técnicas de psicoterapia cognitiva. Pero esa noche volvió la sensación de asfixia.

La seco, me dijo, y aunque yo entendí “la saco”, asentí con un gesto sin mirarlo a los ojos. Su mano era tosca, de dedos gordos. No pude reaccionar cuando rozó mi pezón derecho. Cuando se retiró a tomar otros pedidos me levanté de golpe, fui al baño y vomité restos del tostado y una espuma blanca parecida a la del cortado uruguayo.

Eran casi las 2 de la madrugada cuando metí llave. En el sofá, mamá dormía con Minina a los pies. Apagué la tele y me fui a mi cuarto. Di vueltas y vueltas en la cama hasta

dejar un remolino de sábanas calientes y decidí bañarme.

“Sagitario es signo de fuego. Es pasional impulsivo. Su ascendente en Virgo que es de tierra la frena, si no aría todo lo que siente”

Bajo la ducha tibia sentí el perfume barato de Pepe, camuflando su transpiración. Imaginé que él también se bañaría al llegar a su casa y en ese instante me lavé los dientes, intentando sacarme el gusto ácido que persistía pese a los chicles de menta.

Me desperté a las 04:20 sudorosa y con la sensación vaga de haberlo soñado. Como un acto reflejo toqué mi entrepierna y por debajo de la bombacha. Recién cuando vi filtrarse por la persiana los primeros rayos de sol pude dormirme. Segundos antes, me detuve a sentir la viscosidad de mis dedos mojados y el fuerte olor que había inundado mi cuarto. Pensé en el vaho que emanan los locos encerrados, la adrenalina del miedo y/o la del deseo.

El hijo

Luiz inclinó la cabeza hacia arriba y vio la silueta de la cara de su padre recortada bajo un sol descarnado que los alumbraba impiadosamente. Entrecerró los ojos y se llevó una mano a la frente a modo de visera intentando mitigar el efecto del resplandor, el objetivo era observar las facciones, buscar similitudes con las propias, reconocerse a través de quien fuera artífice necesario de su propia existencia. Todos los niños varones quieren asemejarse a su padre en algún momento de su vida pero aquí había una curiosidad diferente; pues hacía apenas siete años y algu-

nos pocos meses cuando aún se hallaba en el cálido vientre de su madre, Aristides que así se llamaba su padre, había partido hacia el puerto de San Pablo buscando un mejor lugar donde vivir dejando atrás los áridos campos de Pernambuco para conseguir un empleo estable en una de las zonas comerciales más importantes de Brasil.

Pero se fue dejando su familia atrás. Pocas veces habían tenido noticias de Aristides pues sólo mandaba dinero muy de vez en cuando y Lindu, su madre, y sus seis hermanos tuvieron que arreglarse como podían para conseguir unos pobres mendrugos para poder sobrevivir.

El abandono, la lejanía y la pobre condición económica en la que vivieron hasta entonces hicieron del pequeño un resentido consumado hacia la figura paterna; los primeros tratos entre ellos fueron fríos y hasta violentos en algunos casos, más cuando Luiz se enteró que Aristides había for-

mado una nueva familia, que ahora la esposa de él era una tía suya, hermana de su madre, y que como resultado de aquello tenía cuatro medio hermanos más; y que en ese momento estaban ahí, alrededor de él.

Es que somos muy pobres decía su madre, no sabemos qué hacer ni siquiera con esta vida que cargamos al hombro hasta vaya a saber cuándo.

Arístides se enojaba seguido, era de esos tipos que viven culpando al prójimo por su desgracias. Todo el tiempo arremetía contra su familia porque era contra lo único cercano que tenía para descargar sus frustraciones; además era alcohólico, un vicio que iba minando su ya breve raciocinio con cada sorbo de cachaça. A veces se volvía golpeador, tan sólo el día anterior Arístides intentó golpear a Lindu en medio de esas feroces discusiones que tenían y Luiz interpuso su breve humanidad entre ambos

mirando a su padre con ojos encendidos de furia y miedo. Arístides pegó media vuelta y de un portazo se alejó de la breve casucha donde convivían. Esas rabietas le duraban bastante a Arístides, por lo poco que Luiz lo había conocido el vacío posterior a un raptó de ira le duraba dos o tres días.

Es por eso que el hecho de estar en este momento, con su padre y sus cuatro medio hermanos en la calle y de paseo a Luiz lo alentó a pensar que algo en Arístides estaba cambiando, si bien no tenía un gesto amable les había dicho que el paseo era para ir a una heladería y tomar un helado. Mientras caminaban todos juntos Luiz imaginaba un helado gigante, de esos de cerezas y chocolate que alguna vez había visto en un afiche desgajado en un rincón del pueblo, allá lejos. Sólo caminaron un par de cuadras e ingresaron al negocio que estaba en una de las esquinas más comerciales del lugar. Los niños se acercaron al mos-

trador e intentaron leer los carteles que listaban los sabores disponibles. Ninguno sabía leer, Luiz nunca había habido a la escuela y los hermanos eran demasiado pequeños todavía. La repartija empezó por el menor de edad quien recibió un vasito con un reluciente helado de frutas. Al siguiente le tocó uno de dulce de leche que se derrería por los costados de tan cremoso. A los otros dos les sirvieron uno de chocolate y otro de moras. Luiz estaba impaciente pero aun en su corta edad comenzó a sospechar que algo anda mal, ya de muy pequeño había aprendido a contar y en el momento de servir los helados sólo había visto cuatro vasitos y ya estaban todos servidos. Aristides pagó en la caja y miró a Luiz con una sonrisa sardónica, su rostro endurecido profirió una mueca de venganza, pegó media vuelta y mirando a todo el grupo exclamó “Vamos”.

Para Luiz el desconsuelo fue infinito; ya volviendo y mien-

tras el sol hacía la suyo sobre esas cremas relucientes que goteaban incansablemente sumando más manchas a esas veredas ya mugrientas de siglos, él se juraba que alguna vez iba a pelear para que todos los chicos puedan comprarse helados, es más, para que todos los chicos puedan comer cuánto y cuándo quieran y no tengan que salir a mendigar ni depender de la caridad de ningún patriarca resentido y odioso. Y que cuando eso ocurra el mundo no lo conocerá por Luiz, ni siquiera por Inácio simplemente porque no le gustaba. Sí, mejor que lo conozcan como Lula, como lo llama su madre, cariñosamente. Y que nunca jamás, por ninguna razón intentará parecerse a su padre, sí, él será distinto, él será el hijo de Brasil.

Un jugador descalzo

Ver cómo mataban al Chapu en la televisión me paralizó. Las cámaras de seguridad de un local habían grabado cómo el dueño de la casa que había intentado robar le disparaba y él caía agonizante sobre el asfalto. Como para que quienes nos preguntábamos ¿qué sería de su vida? nos diéramos cuenta mediante un canal de noticias de que esa vida se acababa de terminar. Lo reconocí al verlo correr. Fueron muchos los desafíos futbolísticos en La Tablada como para no hacerlo. Por eso, luego del estupor por la noticia, se me vinieron a la cabeza miles de recuerdos.

Me llamó la atención verlo en el video con unas superzapatas porque el Chapu tenía una particularidad: jugaba los partidos descalzo. No importaba si hacía 5 o 40 grados, tenía tan curtida la planta de los pies que no sentía ni el más crudo frío ni el más agobiante calor. Y eso que algunas veces jugábamos en verano a las tres de la tarde y el sol derretía hasta la brea de los arreglos mal hechos de la calle. Muchos se aprovechaban de su condición para pisarlo cuando el partido se ponía duro pero se aguantaba los pisotones sin chistar. Le decían así desde chiquito porque una vez una tía lejana le regaló un enterito colorado con capucha que usó hasta el hartazgo. Con un Chavo del 8 siempre vigente, y más en esos tiempos, no dudaron en decirle Chapulín.

Vivía a una cuadra de mi casa en un barrio obrero, fabril, de hijos de inmigrantes y de clase media baja del oeste del Conurbano. Aunque su padre terminó bebiéndose la

“media” para ser sólo clase baja. Tito después de que su mujer se fue y lo dejó solo criando a sus hijos, se dedicó full time a la ginebra. Tal es así, que las changas de albañilería le escaseaban y a veces no alcanzaba para darles de comer. Menos para que tengan zapatillas de sobra.

No era de valiente que el Chapu jugase descalzo, no le quedaba otra. Por eso cuando surgía algún partido con pibes de otros lugares, los contrarios se sorprendían al verlo llegar en patas. No entendían que tuviéramos un jugador descalzo. Él no se tiraba atrás y si tenía que poner pierna fuerte, la ponía. Muchas veces quisimos prestarle algunas zapatillas viejas que ya no usábamos pero nunca las aceptaba. Es más, disfrutaba cuando la pelota se iba hacia la zanja así chapoteaba un poco y se refrescaba los pies mientras intentaba desbordar por el filo del cordón.

La desaparición de los pocos potreros que quedaban en la

zona para que los políticos del municipio hagan sus negocios inmobiliarios, hicieron que nuestro campo de juego sea gris como las fachadas de las pequeñas fábricas abandonadas de esa década del '90. Si pasaba algún auto, había que subirse a la vereda y rezar para que no pise de lleno los cascotes a modo de palo que minuciosamente habíamos colocado con distancia sincera en relación al otro arco. Así pasábamos las tardes, entre cotejos callejeros que sólo podían detener: alguna vecina de siesta en busca de esa pelota que rebotaba contra su casa, una que otra gresca entre ambos equipos por un foul malintencionado o simplemente la despedida del sol y la llegada de la noche al barrio.

Era imposible no evocarlo de esa manera luego de verlo mimetizado con el asfalto mientras un hilo de sangre se dirigía a la alcantarilla. Ser testigo de la interrupción de su carrera existencial ante el plomo de un señor que no quiso

que se llevara lo suyo y lo mató. Más habiéndolo disfrutado en movimiento, tan fugaz, tan veloz como para ni siquiera darse cuenta si sus pies tenían calzado o no. Después, también vino un poco el arrepentimiento por algunas actitudes que uno tiene de chico.

El Chapu era morocho, no tan agraciado físicamente, y su vestimenta gastada hacía juego con su cara astillada producto de una varicela mal curada. En los pocos cumpleaños donde lo invitaban, siempre había predilección por atacarlo con ciertas bromas divertidas que para él, claramente, no lo eran. En esas celebraciones, siempre terminaba llorando. Algunas veces porque le daba impotencia que sus amigos lo cargaran todo el tiempo y otras porque se quedaba sin paciencia, le daba una trompada a uno y era expulsado de la fiesta mientras se le caían algunas lágrimas camino a la puerta. No era sencillo esos días regresar a su humilde casa, tenía miedo, porque su padre pensaba

que no iba a volver y aprovechaba para pegarse sus viajes al mundo de la ginebra sentado en una mesa. A Tito no le gustaba que lo interrumpían y la importunación a esos escapes etílicos significaba algunas marcas de un cinto de cuero gastado en su espalda que nos mostraba al otro día.

Más allá de los malos tratos generalizados, siempre estaba predispuesto a la hora del fútbol y era un puesto fijo en el equipo. Y eso a pesar de que no todos los partidos jugaba bien. El Chapu tenía cierta irregularidad en sus rendimientos sobre el campo cementoso que con el tiempo pudimos reconocer. Cada vez que venía contento, jugaba mal, se dispersaba, y cada vez que venía cabizbajo, triste, desanimado, la rompía, metía cualquier cantidad de goles y nos hacía ganar casi siempre. Nunca pudimos descubrir por qué jugaba bien cuando estaba mal. Siempre fue una pregunta a la cual no le encontramos respuesta.

Por más que estaba seguro de lo que había visto en la pantalla, necesité cerciorarme y le mandé un mensaje a uno de los pocos amigos con los que tengo contacto para que me confirmara la noticia. Decidí apagar la tele e irme a dormir, ahondar tanto en el pasado me había cansado un poco. Pero al apoyar la cabeza en la almohada, volvieron esos recuerdos en La Tablada junto a él y a los pibes del barrio en algún desafío callejero por la gaseosa. A muchos de ellos no los volví a ver. El trabajo, el estudio, ciertas responsabilidades nos alejaron e hicieron que transitemos diferentes caminos. Sin embargo, al pasar por la zona, siempre me pregunto en qué andarán.

Ya rendido por el cansancio, medio dormido, no sé si el Chapu se me habrá aparecido en un sueño o qué pero de repente se me develó la respuesta de por qué era goleador sólo cuando llegaba angustiado. Jugaba bien y dejaba todo porque necesitaba que en cada pelota que cruzaba los dos

casco y llegaba a la esquina, que en cada salto hacia un cielo enredado entre cables de tendido eléctrico, que en cada grito de gol, todos juntos, fuéramos a festejar con él. No le importaba tanto ganar, como le importaba que nosotros le diéramos un abrazo. El Chapu se había cansado de jugar descalzo y la muerte lo alcanzó mientras corría por el asfalto con unas superzapatillas. Tal vez, esos abrazos, casi 20 años después, le hubiesen salvado la vida.

Saltar el puente

“Estás solo. Otra vez: solo. Ni el gato soporta que le acerques el pelo al lomo. Lo despertás; te rasguña. Y estás solo. Como anhelabas, como cargabas internamente insatisfecho que nunca más estarías.”

El pensamiento rebota en las cuatro paredes del baño que se achica intermitente y me devuelve en este espejo un reflejo de tierra sucia: polvo que no se llegó a limpiar. Todo se ve blanco y negro desde que me aspiré el gris, tal vez por demás. Hoy me acordé que los mejores colores los veo

cuando me drogo con vos. No hay cicatriz más vengadora que la que curamos con agua y sol. Ojo cuando le saques la cascarita que siempre sangra un rato más. Se guarda el gran final, el último acto. Es un volcán de pesadillas. Encontré una manera –fallida– más de transformar mierda revuelta en un buen recuerdo.

Quizás, en realidad, disfrute todo casi tanto como cuando le pido a mis alumnxs que dibujen una vagina en los mismos segundos en los que tatuaron ese pene al pizarrón. No pueden jamás. Parece que es más fácil dibujar lo que nunca vieron en televisión.

Basta.

Las veces que digo basta digo no quiero que las drogas me peguen tan mal que sólo tenga que concentrarme en no morir. Abrir no debería ser cerrar, a menos que algo esté dañado. Quizás tendría que atender los avisos. O debería

cambiar de dealer; buscar uno que me ayude a dejar de hacer del suicidio mi nuevo TOC.

Donde las cosas se arreglaban con canciones, ahora sólo hay whisky. La heladera vacía; el plato lleno: se llama contraste. El vacío está en las rajaduras de mis huesos, atrapados en una piel que no da respiro.

Inhalo.

Exhalo.

Con el frío en la frente, golpeándome las pestañas y despeinándome sin culpa. Te culpo por desarreglarme. Me culpo por el maravilloso amanecer que no te di. ¿Me habrías creído si te lo hubiera confesado? No.

Mi recurso es mentir; vos sos más moderno.

“Puede significar libertad sacarle el collar a tu gato en un acto puramente descolonizante. Puede significar pensar al

pedo que el refugio de mi departamento es el baño del living. Sería el más seguro en emergencia de tornado. Puede significar evitar: guardar precauciones sobre cosas imposibles.”

Se me resbala el celular de las manos y boca abajo se agrieta la cara. El táctil todavía funciona y me deja en la yema del índice el último cristal que me falta probar hoy. Se desliza por el labio inferior sangrando pequeños oasis en el desierto rosa. Que no veo, porque tengo el espejo apretándome la nariz. Las paredes me ganaron distancia por dedicarme tanto a malgastar las horas de sueño. El polvillo que me orbita me obstruye un poco los sentidos pero me despierta y me recuerda de dónde caí. Se hace largamente tedioso respirar. Al final el baño no era tan seguro.

“Algún día voy a poder saltar ese puente. En vez de cami-

narlo.”

Con Creep en el celular a 18 por ciento de batería, le doy ritmo a la despedida. La mejor decisión de esta madrugada.

Cargada y hambrienta en el lugar más seguro de la casa: un regalo de mamá, que era comisario inspector.

“Sentís mejor cuando no estás. Te vas de vos porque deseás objetivizar todo. Mirar de lejos es tu almohada, la que nunca prestarías. No sos mejor que nadie; dejá de comparar el trabajo con la vida. Pobre es aquel cuyos placeres dependen todo el tiempo del permiso del otro. Matar viene siendo desde hace unos minutos mi fantasía erótica. Pero ganan el primer lugar de últimas palabras.

Escribís mejor cuando odiás.”

Y disparó.

Encuentros furtivos

Cada tanto recibo un mensaje de V. El mensaje siempre es claro: quiere “verme”. No hay vueltas, no hay excusas ni eufemismos de ninguna clase, pues “verme” no califica dentro de tal, más bien se trata de cierta coquetería.

En general cada vez que llega uno de sus mensajes le respondo automáticamente “yo también” seguido de un intercambio logístico. Siempre es un placer volver a ver a V.

V lleva una vida tranquila. Tiene un trabajo de oficina donde gana un dinero respetable, un departamento en la

capital y hace ya tiempo que está en pareja. Es una pareja feliz. Suelen venir juntos los fines de semana. Desconozco pasatiempos alternativos. No hablamos mucho y cuando lo hacemos, salvo interesantes excepciones, se trata de tonterías sin importancia. No compartimos gustos musicales, ni intelectuales ni políticos. No nos interesa el mismo cine, ni los mismos libros. V no lee libros. Por otro lado V es extremadamente inteligente pero de una forma que no me interesa.

A veces nos encontramos en el bar. Por supuesto no hablamos, no nos saludamos, no nos conocemos. Tenemos una estricta forma de comunicarnos sin comunicarnos. Una especie de comunicación subterránea. Un leve rose de espalda con espalda; un dedo que apenas sobresale y hace un contacto imperceptible con otro dedo; una mirada furtiva. Nos basta. Y eso es lo que me agrada de V. Es encantadoramente sutil.

Desde un punto lejano y oscuro del bar, a veces, puedo ver a V bailando con sus amigas y con su pareja, puedo ver las risas, los besos, las caricias. Son agradables a la vista de cualquiera, realmente agradables. V es aniñada, juguetona, simpática, risueña. Su compañero, pongamos M, es un complemento exquisito. Lo bastante serio para no participar activamente en los juegos “tontuelos” de V; no lo suficiente como para no aceptarlos. Es la medida justa entre participación y extrañamiento.

V es una persona más que atractiva. Basta con decir eso.

V jamás pondría en peligro los sentimientos de M. V lo ama. Estoy seguro de esto. Y por lo que me cuenta V y por las veces que pude observarlo creo que el amor es compartido. Forman una gran pareja.

V nunca se arriesga. Llega a casa sola de noche y siempre se va de la misma manera. Las puertas se abren unos mi-

nutos antes de su llegada, gracias al plan de logística, por lo que le asegura un movimiento rápido de gacela. Entra y se queda un par de horas, nunca a dormir.

Cuando nos encontramos V no me saluda, no me pregunta como estuvo mi semana, no finge interés por mis estados de ánimo, ni por mis problemas financieros, nada de esto le importa.

V siempre se para a unos centímetros de distancia y mira a los ojos como penetrando y luego de una pausa dramática dice:

–Pégame.

El pedido de V es respondido al instante con una cachetada firme. V se excita. Yo también.

A partir de ese punto, comienza un juego doloroso y erótico que llega a extenderse por horas. V me pide que la re-

baje, que la viole, que la someta física y psicológicamente. Respondo a sus exigencias con gusto.

Cada vez que cruza esa puerta, los dos descendemos hasta instancias indescriptibles de morboso placer. Cuando nos agotamos, cuando nos apagamos por completo, quedamos tirados sin hablar por largo rato. Luego en un último acto de celebración nos abrazamos, nos abrazamos con fuerza y nos besamos. V a veces se toma un té y luego sale protegida aún por la oscuridad.

V no puede parar. No puede dejar de visitarme. Algunas veces lo ha intentado y siempre termina volviendo más furiosa, más encendida que nunca.

—¿Por qué seguís viniendo? Dijiste que no ibas a volver, querías estar completa para M...

—Sí y cada vez que lo intento pasa algo extraño, cuanto

más me alejo de vos al mismo tiempo más me alejo de M.

-No te entiendo.

-¿Qué no entendés? Te estoy siendo clara, para poder estar bien con M, para poder ser la compañera que él se merece, no puedo dejar de verte.

V ama a M. Pero M es demasiado cariñoso, demasiado “civilizado”, si se me permite la expresión, para poder responder a las necesidades animalescas de V.

V no me ama ni yo la amo.

Para poder V serle fiel a M tiene que traspasar aquellas palabras conmigo. Es extraño pero así es. Y de hecho así es la única forma que funcione.

V y yo no tenemos interés en ser pareja, no queremos estar

juntos de esa manera. Pero nos necesitamos físicamente. V y M quieren ser pareja, se aman, se acompañan, se eligen. Pero algo falta.

Hace poco tiempo me encontraba en el bar con un par de amigos. El bar estaba en verdad repleto de gente al punto de lo inaguantable. Había tal cantidad que el movimiento de olas humanas nos arrastraba de acá para allá. El temible mar nos dejó anclados en un rincón. Al parecer V también estaba con su grupo de amigos a menos de un metro de distancia. M tampoco faltaba. Como dije al principio siempre hicimos gala de nuestra elegancia a la hora de la indiferencia pública. Por lo que nada de extraño tiene esto, otras muchas veces nos habíamos encontrado en la misma situación. Salvo por lo siguiente:

Sentí como la mano de V, transgrediendo toda seguridad y todo convenio establecido, se apartó de su lugar y se desli-

zó como serpiente hasta.... bueno, hasta abajo. Un reflejo me hizo levantar la cabeza y la miré, estaba besando a M. Lo extraño es que no me sentí incomodo, todo lo contrario, comprendí que era parte de una relación y que esa relación no la habitaba solo con V, sino que también lo hacia con M.

Centenario Blues: El llanto de la luna y el aullido del perro

¿Hasta dónde podía durar una estúpida promesa adolescente?, ¿hubiese resistido al hundimiento del planeta?, ¿hubiésemos estado ahí cuándo ya no importase nada?

Yo estaba seguro que sí. Nuestro pacto comenzaba, ya sin ninguna cosa que perder. Además no era amor: sólo una simple cuestión de estrategia, de logística para cuando fuéramos dos viejos inservibles. Un pacto entre amigos, nada más. Cosa de pendejos, no sabíamos qué era el tiem-

po, ni el amor- el verdadero-, ése que va a más allá de la muerte, que puede cagarse en las cronologías y puede atravesar portales entre un millón de pasajes sin agujas del reloj ni calendarios.

Después, simplemente, darte cuenta que estás ahí, solo, que ella ya no está, que podía seguir amándola y cada vez más.

Pensar que nos burlábamos de la muerte, Rubia.

Pero volvamos a los noventas, al Parque Centenario. Sentémonos de espaldas al lago, bajo nuestro árbol de moras, rebobinemos hasta diciembre del 91. Un día después del gran pacto, de pedirte casamiento, de echarle como siempre la culpa de todo al alcohol. ¿Pero te acordás, Rubia, o no? porque también coincidíamos en eso, odiábamos la idea de tener que formar algún día una familia: a la mierda con todo eso. Ninguno de los dos era tan careta como

para declararle amor eterno a otro. Hijos jamás, gracias. El sistema era una maldita verga y no teníamos ganas de joderle la vida nadie. Yo sólo quería grabar un disco con mi banda y vos, manejar tu prostíbulo, el mejor de la ciudad. Ninguno de los dos quería respirar tucó el domingo a la mañana ni tener que terminar un día sin haber hecho algo nuevo.

¿Te acordás, Rubia?

No iba a importarnos el tiempo ni la distancia, ni los cómo, ni los cuándo, ni los por qué, ni los quiénes. Si a los cuarenta no encontrábamos a "esa persona", solo debíamos buscarnos y terminar la vida juntos. Tendríamos nuestra propia casa y un perro, tendríamos habitaciones separadas y podríamos salir con quien se nos antojase, pero bajo nuestro techo nada. Serían asados todos los domingos y fiestas los sábados, los viernes los dos solos, como siempre.

Y sin que lo mereciéramos, de lunes a viernes, estaríamos manejando nuestro cabaret, el mejor de la ciudad.

Ella sacó un boleto, hizo un cañito y metió el tucón.

—Tomá. Feliz navidad.

—Te quiero boluda, feliz navidad le dije mientras agarra-
ba el porro y ella sonreía ¿te vas a acordar, no?

—Con que te acuerdes vos que sos quien sufre amnesia
alcohólica, ya tenemos un pacto. Dicen que los pactos de
navidad se transforman en una magia que puede volverse
en tu contra y hasta va más allá de la muerte. Así que
arrepentite ahora o jodete, esto nos une para siempre
¿viste?

Veo, pensé, mientras retenía el humo en los pulmones y a
lo lejos volvía a explotar otra ráfaga de fuegos artificiales,
en dirección a la luna blanca, que siempre colgaba sobre
el parque.

MANUAL DEL IDIOTA BÁSICO: EL AMOR Y LA TABLA DEL TIEMPO.

El primer amor es una mierda, es la primera vez que te marcan como a una bestia. El manual del idiota básico señala: "es uno de los amores que suelen sostenerse en la memoria hasta la muerte". Llamémosle, el recuerdo de la primera vez que cogiste con la persona por la que sentías amor. Es un recuerdo acompañado de una banda sonora épica y miles de instantáneas, de las que sólo quedarán tres o cuatro. El primer amor es un error alrededor del cual edificamos nuestro futuro genital, es la idealización de una mujer que amaba tanto tu yo de aquel entonces, como vos lo amás ahora. Nuestro primer amor no es otra cosa que adorar nuestro pasado, un recuerdo algo vanidoso y egoísta, suficiente para durar "hasta la muer-

te"...pero sólo "Hasta".

Otro capítulo del manual indica a la primera noviecita como otro de esos amores que no pueden olvidarse: básico, cursi, idiota por demás. Y lógico, es la primera vez que uno volvía con su presa a cuestras. La primera vez que te rozaban las pelotas con el tiempo necesario como para poder disfrutarlo y eyacular a manos ajenas. Otro recuerdo viene acompañado de un teleteatro eterno y de la memoria de tu barrio y el colegio, los chicos de la calle y esas primeras salidas, donde ella te dejaba chuparle las tetas en algún reservado, para después volver inválido con un rayo de fuego que subía desde las pelotas hasta el pecho. Así, casi cortándote la respiración, hasta que ni siquiera podías pisar: la primera novia es la que te enseña que el hombre también eyacula por sanidad.

En el tercer puesto, el Manual hace especial hincapié en

esos amores de no más de seis meses y señálese "amores", no hablamos de polvos: A-MO-RES, esas pequeñas batallas donde uno vuelve a hacerle una marca al fusil, como recuerdo de una buena campaña, y donde generalmente las diferencias sociales juegan un papel fundamental. Son esas historias, esos pocos momentos en la vida de un hombre, cuando los huevos y la razón suenan un toque afinados. Son esas putas hermosas que alivianan las horas de trabajo y de facultad. Es la mejor amiga de tu mujer o la maestra de tu hijo, o la hija de algún conocido.

Hasta el amor más estúpido prevalece en el tiempo. Porque somos idiotas, asquerosamente básicos y traidores; porque somos tan cobardes que nos agrupamos para sobrevivir, nos inventamos un sistema que encaja a la perfección con los mandatos del establishment, hasta el punto de etiquetar nuestras derrotas de una manera hermosa. Ya fuimos reiniciados tantas veces que no tenemos ni puta

idea cuál es el verdadero amor.

Cerremos este estúpido manual que, del amor verdadero, no dice nada.

EL DROGADICTO Y LA PUTA.

Por supuesto que la tenía vista. Todos la conocían, una chica como ella no pasaba desapercibida jamás. Y el chico que era yo en aquel entonces tampoco. Podría decirse que era casi ridículo vernos un martes a la mañana en la pandería de la esquina, los dos de cuero y con botas, entre las viejas del barrio. Las miradas nos decían todo, el drogadicto y la puta.

Hasta que nos presentó el gordo Marcelo, ella apenas si me dedicaba una mirada. Se sabía que era la novia de un poronga de la hinchada de Racing, se la veía siempre sola

o con los pibes del parque, así que nunca nadie jodía con ella. Yo sólo buscaba su mirada con una sonrisa idiota, cuando nos cruzábamos en algún negocio y la vieja nos miraba. Además, algunos decían que movía faso y yo era casi nuevito en ese lado del barrio. Me la cruzaba todo el maldito tiempo. Demasiado, tanto que parecíamos vecinos. Y a mí, una punta nueva no me venía nada mal.

Después de aquel día no volvimos a separarnos jamás.

Yo nunca me hubiese atrevido a besarla. Lo único que hacíamos era pasar el día juntos, fumar mucha marihuana, ver películas y escuchar música la mayor parte del tiempo. Hasta las tres de la tarde estábamos siempre en mi casa, después llegaban mis viejos. Entonces salíamos a hacer negocios por todo el barrio hasta eso de las siete, hora en que yo me iba a la nocturna.

Sólo los fines de semana no nos juntábamos. Así que los

viernes eran nuestros y sagrados. Arrancábamos fumando en el puente de Yerbal, pasábamos por el Sacoa de Rivadavia y, después, volvíamos por Acoyte hasta casa. Siempre hacíamos la parada obligada con los pibes, en el quiosco de Otamendi: dos birras y a nuestro paraíso privado.

De todos aquellos viernes, hay uno que no pude olvidar; La Renga en el Condon, fue nuestro último recital y el primer "quizás" que le arrancaba.

UNA NOCHE EN EL CONDON.

Esa noche, la fiesta era en la Federación de Box, así que estábamos muy cerca y fuimos todos caminando. Y cuando digo todos, digo el Bicho y su hermano el Villa, el Chelo, Yoni, Loli y el cuervo Martín. Llevamos todo y ella llevó su bolsa de merca. A la Rubia le gustaba demasiado la fa-

lopa, esa noche todos tenían su bolsa personal. Bueno, ese era el plan, además de la fiesta y de “La Renga”.

Adentro había un maldito quilombo, apenas si se podía caminar. Vamos para allá, señaló el Villa. La banda del Centenario comenzaba a abrirse paso hacia la barra. Y a la Rubia le decían de todo, tiraban manos, trataban de tocarle el pelo. Si no hubiera sido que ella ya nos había acostumbrado a no cagarnos a trompadas en esas situaciones, esa noche hubiese sido un verdadero puti club. No te separes de mí, le dije y la tomé del brazo. Ella se soltó y, al segundo, unos dedos que no conocía se entrelazaban con los míos. Y nos echamos a andar.

Era la primera vez que sentía su cuerpo, nunca la había tocado, nuestro único roce venía cuando ella me pasaba una tuca y nada más. Su mano fría y delgada era una parte de mi cuerpo y hasta el día de hoy puedo sentir su con-

tacto. Así anduvimos por la Federación, mientras esquivábamos cuerpos y rescatábamos tragos, hasta que el show terminó y nosotros sin enterarnos de nada.

No sé quién de los dos empezó todo este quilombo. Yo sólo la cuidaba porque era mi mejor y única amiga y la quería mucho, mucho de verdad y nada más. Nunca me había preguntado cómo la chupaba ni me había masturbado en su honor: Dios mío, ¡imposible! qué asco. La Rubia era una parte de mi familia, era mía. Y, además, yo ni siquiera sabía qué era coger. Los chicos de mi época "hacíamos el amor", y mi amor ya debía estar en las playas de México.

"Vamos a casa"

No sé quién fue primero, sólo recuerdo el frío del otoño, una avenida Rivadavia desierta y el beso más largo y tierno que me dieron jamás. Hubo un segundo de silencio entre los dos, sin soltarnos, caminamos hasta llegar al Ro-

berto Arlt y doblar por Otamendi, siempre sin decirnos una palabra.

Comenzaba a amanecer. Siempre nos fumábamos el último porro en la puerta de mi casa. Le dimos un par de secas y largamos otro largo round de besos, ante las miradas de los vecinos que salían a comprar el pan y confirmaban lo que siempre habían sospechado.

—No te emociones—, me dijo, al tiempo que me acariciaba la cara. Me aseguré que al otro día no pensaba acordarse nada, que era sólo una confirmación de nuestro pacto y nada más.

Nos besamos hasta que dijo basta. Después, simplemente se paró, nunca me dejaba acompañarla. Y yo me quedaba mirándola irse por el pasaje que apenas nos separaba. Los putos pájaros del amanecer resonaban en mi hueca cabeza y, en la esquina de mi casa, con la tuca en la mano, sólo

se escuchaba el taconeo de la Rubia que movía sus flacas caderas hasta perderse por Río de Janeiro. Otra vez.

Nunca pude olvidar el contacto de sus labios, jamás.

Sin dudas, el `92 fue nuestro año.

EL ÚLTIMO BLUES EN EL PARQUE.

En el '93 me conseguí un trabajo digno y dejé la secundaria. Ya estaba decidido: iba a juntar algo de plata, mientras me dedicaba a la música ciento por ciento. Ella también consiguió algo entonces. De a poco, empezamos a vernos menos. Yo me conseguí una novia y ella se fue un tiempo con su novio para tratar de mejorar una relación de años ya agonizante.

Anduvimos meses sin vernos, hasta que un día sonó el timbre, saqué la cabeza por la ventana y todo volvió a la

normalidad. Como si no hubiesen pasado ni dos minutos entre nosotros.

De nuevo, era sólo el pasaje que volvía a separarnos.

Nuestros viernes habían dejado de ser la esquina de kiosko y Sacoa. Nos íbamos a una parrilla junto al "Poli"; después nos volvíamos cruzando el parque, bordeábamos el lago bajo la luna siempre blanca. Y, entonces, esa noche fui yo quien pidió confirmar el pacto. Pero algo había cambiado y rozaba la traición. Porque yo había empezado a escuchar la voz: "cogétela, mirala, está hermosa. Y empieza a tener tetas, fijate, estaba esperándote para desarrollarse. No vas a romper el pacto, loco. Cogétela, es pasar otra prueba, nada más. Miralo de esa forma".

Por supuesto, teníamos que cagarla.

Cuando por fin estuvimos desnudos, después de tantos

años, ni siquiera me dejó terminar de besarla donde y como era debido. Me llevó con sus manos y con esa mirada, directo a penetrarla. Un segundo y sólo por un segundo, lloramos juntos. Entonces, simplemente fue seguir, tenerla tomada de la cintura mientras la escuchaba gemir y yo trataba de contar los lunares de su espalda.

Esa noche en verdad aprendí a amarla.

Después, el continente empezó a hundirse. El Centenario temblaba. Yo fui arrestado por tenencia de drogas y ella, al fin, se separó de aquel novio de tantos años para meterse con un diller de los más chetos del barrio. Obvio, al tipo no le gustaba mucho mi situación. Imagino que sólo por eso dejamos de vernos. Al tiempo me mudé y apenas si nos hablamos por teléfono.

Una tarde, aunque nos costó combinar, volvimos a encontrarnos.

Era la primera vez que la veía enamorada, ese tipo le gustaba de verdad. Y el chabón parecía quererla bien. Pero la cosa no me cerraba y se lo dije. También le dije que era evidente que a él mucho no le gustaba nuestra relación, se notaba a la legua.

—No te pierdas, Rubia.

Ella me tomó de las manos:

—Vos y yo tenemos una promesa, un pacto de navidad.

Nunca te olvides de eso.

—Sin críos

—Perros, al menos, tres.

¿Por qué no le dije que la amaba? ¿Por qué mierda no intenté besarla?

Después de aquella tarde, no volvimos a vernos jamás.

Aparecí un año después, a finales del 96, con dos entradas para el debut de mi banda. Me atendió el tipo, me despachó al carajo, aunque la Rubia también estaba.

Y eso fue todo, así de fácil.

Según los pibes, ella moriría dos años más tarde.

CORAZONES EN ATLÁNTIDA

El siglo terminaba y el Centenario se hundía como un viejo continente maldito, llevándose todo. De a poco, perdíamos la manera de hablar y de movernos, se borraban los caminos, el tiempo nos marcaba la diferencia entre el sexo y el amor. Mientras afuera, las noches se iban perdiendo hasta dejar a la ciudad como una mueca idiota y sin dientes. Nuestro mundo desaparecía de a poco. A veces pienso que fue eso, que Mi Rubia no lo pudo soportar y se murió

de tristeza.

Nunca conocí a otra mujer como ella. Y, aunque volví a enamorarme mil veces más, no tuve jamás otra amiga.

Hasta el día de hoy, no me casé ni tuve hijos, y sigo con la idea de no bancarme vivir con alguien.

Nuestro secreto fue la amistad, una promesa adolescente y un pacto que nos protegía de la idiotez, cuando nos perdíamos en las noches.

Porque hay un amor que sobrepasa al tiempo, que va más allá de la muerte y a pesar de ella, quizá por eso bajo a mi ciudad. Quizá sólo soy un simple idiota que siempre cumple su palabra.

LA NOCHE EN QUE SE PIERDEN LOS IDIOTAS.

Sólo a través de la noche encuentro tus ojos, por eso bajo a la ciudad y a tantas cosas que no recuerdo, cuando cruzo el pasaje donde fui jefe una vez y ahora soy un extraño en mi maldito barrio.

Quizá por eso te busco.

Porque tengo que atravesar la noche para encontrarte detrás de todas las ventanillas de los bondis que se pierden por la avenida, mientras no hago otra cosa que mezclarme en un mar de luces y miles de cuerpos que arrastran el odio de mi alma en llamas; mientras me atraviesa el humo que desprenden los motores y se roba mi aliento de farmacia.

Quizá por eso te busco,

Porque sabía que siempre ibas a estar entre las sombras

del pasaje, que podías hacer crecer ahí nomás un árbol de moras con tan sólo desearlo.

Por eso te busco.

Porque somos la ciudad que invocaste,

—Somos la noche en que se pierden los idiotas—, somos los faroles que se pierden en la avenida y no terminan de revelarme tu figura dentro de esa luna siempre blanca;

Por eso te busco, porque vivir era esperar la noche, por eso bajo a mi ciudad aunque tenga que arrastrarme por tus calles hasta perderme en la amnesia oscura de una noche infinita, donde nos negamos por última vez, y donde nos negaríamos por siempre.

Índice de autorxs y un poco de la vida de cada unx (por orden alfabético)

Antonio Carlin Lynch (*Monterrey, Nuevo León, México*)

Autodidacta, con estudios de psicología, tiene 8 años escribiendo, pero desde octubre del 2014 decidió salir a la luz (tuvo una participación en la clausura de la FIL, leyendo un relato corto de su autoría hasta ahora no publicado). Ha publicado en OFICIO, Poetazos, Revista Hiperespacio, Los Papeles de la Mancuspia, Revista Literaria Trinando, Revista Extrañas Noches -Literatura Visceral- y ganó un certamen de relatos de horror y terror en España con Ediciones Rubeo, antologado en Letras de México. Actualmente es el Cinema and Music Manager en Artis Nucleus, además de ser el CEO de la Revista Literaria de Horror y Terror Giallo. Tiene una novela corta en proceso, muchas noches de insomnio, café, tabaco, Tom Waits y Leonard Cohen. Idolatra a Paul Auster y detesta con todo su ser a Paulo Coelho.

Facebook: Antonio Carlin Lynch

Correos electrónicos:

acarlin0228@gmail.com

giallo@artisnucleus.com

Este texto es gentileza de Artis Nucleus www.artisnucleus.com

Cristian Juliá

Autor de Vivir en rebelión y El lado oscuro de la luna, ambos editados por Rey Larva artesanía editorial.

Nací en San Pedro Buenos Aires el 16 de marzo de 1989, viví en Capital y en Baradero provincia de Buenos Aires, ciudad en la que resido en la actualidad.

Facebook: Cristian Juliá.

Diego de Lucía

nació en los primeros 70's, se nutrió de una infancia humilde cargada de mística suburbana. Complementó su adolescencia marginal con estudios en bellas artes y múltiples viajes de tracción a mochila, escribe desde entonces. En 2005 salió su opera prima "Olimpo lumpen" a través de "Hat burning Books". Una recopilación de sus primeros cuentos "Traficantes de mitos" se halla actualmente en proceso de edición y colabora en la revista "Extrañas noches"

Fernando Bocadillos

Fernando Christian Rodríguez Besel, o Fernando Bocadillos como se lo conoce en algunos círculos artísticos, nacido en Buenos Aires en 1974, escribe desde 1989. Su primer poema fue recortar un fragmento de un poema casto tortillero de Sor Juana Inés de la Cruz y dárselo a una gordita que lo tenía caliente. El recorte surtió cualquier efecto menos el deseado. Desde entonces todo a ido barranca abajo. Participó, a fines de los 90s en la antología Poesía en el Subte y sólo 20 años después volvería a publicar en papel poemas y relatos, con suerte diversa. A los 44 años casi aun piensa que el mundo es amor y fuma 4 paquetes de cigarrillos diarios escuchando a Lenny Kravitz, Kiss, Helium, los Beatles, Slayer, Santana y Jobim y Miles Davies sin tener idea de nada ni de nadie, qué hora es o de dónde vienen los bebés. Cuando ve películas se emociona y llora.

Gonzalo Del Rosario

Trujillo-Perú-1986

Periodista cultural y docente de Literatura. Es autor de los libros de narrativa breve Cuentos pa' kemarse (2008), Losocialystones (2010) y Mishky Stories (2011), así como de la novela corta Ven ten mi muerte (2012). Integró el híbrido cine-literario Tv-out

(2009); y seleccionó a los autores de la antología *Sobrevolando* (2014). "Buitre zombie" es uno de los singles de su novela inédita "Pave-Pavas".

Gonzalo Zuloaga

nació en La Plata el 18 de octubre de 1985. Ha publicado microrrelatos en la revista mejicana Monolito Arte y Literatura y fue acreedor de mención especial en el I° Certamen Literario organizado por la revista digital Conurbana.cult. Escribe pastiches postmodernos y cut-ups en su página <https://ciudadkitsch.tumblr.com/>

Su último libro, Predicciones del año kitsch, se puede conseguir en:

<http://www.pecesdecidad.com.ar/el-primero-en-olvidar-poesia/predicciones-del-ano-kitsch-gonzalo-zulo>

Jimena Cano

Nace en Montevideo en 1975. Desde 1980 reside en Buenos Aires. Ha participado de talleres y eventos literarios. Sus escritos han sido seleccionados en varias antologías de poesía y editados en revistas de Argentina y el exterior. Primer premio en Certa-

*men internacional "Poetas y Narradores Contemporáneos 2016".
Autora del libro "Poemas de orillas y otredades" (Editorial de los
Cuatro Vientos)*

Jorge Augusto Tuzi

*Nací en Villa Domínico el 30 de Junio de 1960 en un hogar de
clase trabajadora.*

*Me acerqué a los libros desde muy corta edad. Mi casa era pe-
queña; habitada por mis padres, mi hermana y mis abuelos. Co-
mo solo tenía dos habitaciones y ya estaban ocupadas, mi cama
estaba en el comedor, sobre un sofá al que la biblioteca le hacía
la veces de cabecera. En las noches de sueño tardío descubrí que
algo mejor que el somnífero era leer un libro. De ese modo me
aproximé a los clásicos, fundamentalmente los libros de Julio
Verne y las Narraciones Mitológicas.*

Jorge Sebastián Comadina

*nació en 1986 en Monte Grande pero pasó toda su infancia,
adolescencia y juventud en La Tablada, Partido de La Matanza,
Pcia. de Bs.As.*

Licenciado en Comunicación Social de la Universidad Nacional

de La Matanza fue director de la Revista Filo y trabajó como periodista en Gráfica, Radio e Internet y actualmente lo hace en Televisión. También es docente de Teoría de la Comunicación y Palabra oral y escrita. En 2015, editó el libro "El marginal. Historias sobre los que no son uno más, son uno menos" en donde mezcla literatura, poesía y periodismo para contar las historias más ocultas del Conurbano Bonaerense y sus alrededores. Su próximo libro "Croto Samurai poético matancero" se editará durante el año 2018.

Leo Pedra

nací en mendoza en 1976. Publiqué Yogur (2006) carbónico ediciones, Nunca fui tan feliz como cuando era dark (2008) carbónico ediciones, Corderoi (2009) carbónico ediciones, Los techos (2017) editorial Babeuf.

El texto forma parte del libro Los Techos, editorial Babeuf, Mendoza 2017.

Marina Klein

Soy autora de los libros "De Fauces al Subsuelo", "Danzando entre la Nada y la Furia" y "Trashumantes", y de las plaquettes "La vida secreta de quien come en la cocina", "SEAMOS Libres que lo demás no importa nada", "¿Te gustó coger?" y "Georgina Orellano Puta Feminista", editados por Ediciones Frenéticos Danzantes. También dirigió esta revista y la editorial recién mencionada.

Nací en Buenos Aires en el 74, viví en esta ciudad hasta más o menos los 20 años y desde ahí hasta el 2012 anduve por el mundo viajando y quedándome largos períodos en distintos lugares de América Latina. En ese tiempo realicé un tour por distintos oficios, escribí para varios medios crónicas de viaje, tuve un programa de radio, limpié casas, hice gorritos de hilo y hasta llegué a tener una pequeña fábrica de joyería artesanal.

Cuando volví hice la carrera de sociología, donde además de aprender, una vez más me di cuenta que la academia no es lo mío.

Mauricio Collares

Escritor y traductor. Nació en 1975 en Manaus y desde el 2012 vive en Buenos Aires. Publicó los libros Caléndula blanca (2016) y el Tambor de la memoria gira (2017), con la editorial Ojo de

Poeta. Y tradujo al español una selección de poemas de Mario Faustino (Jirafa, 2017, con Andrés Henao) y El infierno de Wall Street y otros poemas de Joaquim de Sousândrade (en prensa, con Laura Posternak).

Néstor Grossi

El texto fue publicado por primera vez en la revista El Anartista bajo el título de Centenario not dead.

Se terminó de imprimir en mayo del 2018
en el taller de Ediciones Frenéticos Danzantes